

Edgardo Cozarinsky

DARK



se

Un escritor en su madurez hace repaso a un Buenos Aires que ya no existe y a una serie de personajes que desempeñaron un papel determinante en su vida. Sus recuerdos son desordenados: vagabundeos por el Bajo porteño de los años 50, donde el joven busca la pista del mundo lleno de aventuras extraídas de sus lecturas y trata de hallarlas en imágenes de bares de mala muerte. En una escapada nocturna se acerca a un club de tango, donde un hombre mayor se interesa por él y le da conversación. El joven le da un nombre falso e inicia una doble vida entre la de su casa y su asistencia al colegio y los encuentros con Andrés. Lo que intriga es el porqué del interés de Andrés por Víctor, ya que todo parece apuntar a una relación homosexual y no es así, a pesar de las ambigüedades de algunas situaciones.

OceanofPDF.com



Edgardo Cozarinsky

Dark

ePub r1.0

Titivillus 17-01-2022

OceanofPDF.com

Edgardo Cozarinsky, 2016

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



OceanofPDF.com

DARK

Edgardo Cozarinsky

OceanofPDF.com

Empieza, siempre, en las sienes, una palpitación casi imperceptible al principio, y en el momento preciso en que la reconoce, ese latido empieza a crecer hasta que siente que la cabeza le va a estallar y la vista se le nubla y la distancia entre él y los objetos que lo rodean vacila y el brazo que extiende hacia el teléfono tarda en llegar y el número del servicio médico de urgencia no aparece en la lista que sin embargo sabe que ha incorporado a la memoria del teléfono. Pero no es solo la cabeza. El pecho replica el palpar de las sienes, el tórax se estrecha y las costillas oprimen algo que solo se le ocurre llamar corazón, no puede respirar y por la boca abierta no entra el aire. Sale a la puerta de calle, impulso que a la mañana siguiente le parecerá ridículo, no quería que lo encontrasen muerto cuando derribaran la puerta días después de no verlo, y está sentado en el umbral ante la vereda cuando llega el médico, es decir que finalmente logró dar con el número de teléfono que parecía inhallable, y pudo hablar para pedir auxilio, y en ese instante recuerda que en otras ocasiones el electrocardiograma nunca detecta huella de infarto, ni siquiera de preinfarto, y que solo meses más tarde, cuando se resigna a seguir la indicación de su médico a no volver a llamar al servicio de urgencia que solo atina a darle un somnífero tan fuerte que lo deja estúpido parte del día siguiente, solo entonces oirá hablar de ataque de pánico al aceptar ponerse en manos de otro médico cuya especialidad siempre le infundió desconfianza, psicólogo, psicoanalista, psiquiatra, cómo confiarle su alma a alguien que no haya leído a Dostoievski o a san Agustín, pero acepta de todos modos obedecer a su dictamen y someterse a un psicofármaco que muy pronto abandonará para buscar y hallar remedio en las palabras, más bien en el hecho de escribirlas apenas se anuncia la crisis, de ponerlas en cierto orden. Acude al cuaderno

o a la pantalla y escribe algo que uno o dos días más tarde podrá parecerle desechable, o al contrario, lo sorprenderá revelándole que ha descendido a una oscuridad relegada, y comprueba no sin vergüenza que había elegido suprimirla, que nunca se habría atrevido a convocarla fuera de esas noches de espanto, en ese estado que otros llaman de normalidad y él ya ha entendido que es la solapada censura a la que ha cedido su vida cotidiana.

OceanofPDF.com

Tantos años más tarde, el escritor seguía buscando rastros del fumadero de opio de la Isla Maciel. Noticias de policía en diarios viejos, libros de memorias, anecdotarios de médicos, de gente de teatro, de baquianos de la noche... Menciones fugaces, de segunda mano, instaladas en los hospitalarios estantes de la leyenda por los mismos cronistas que las recogían.

De los prostíbulos de ese barrio, unas pocas manzanas de Avellaneda que nada tienen de isla, a menos que por isla entendamos el aislamiento, menos urbano que moralizante que puso distancia entre la Avellaneda industrial, decente, y un «distrito de luces rojas» en el extremo del puente transbordador que une la Boca a esa ciudad vecina de Buenos Aires —de los prostíbulos de la Isla, sabía, se ha encargado la leyenda—. Pero en tiempos de auge del tráfico marítimo, cuando todo «el bajo» porteño, desde Retiro hasta el Riachuelo, estaba dedicado a la «mala vida», hay quienes sostienen que en la Boca, otros dicen en la Isla Maciel, dos fumaderos de opio permitían el recreo de tripulaciones orientales y la curiosidad de algunos niños bien. En la Isla Maciel estaba, por cierto, El Farol Colorado, descrito por Manuel Gálvez en su novela *Historia de arrabal*, escenario de frecuentes trifulcas entre marineros enardecidos por el alcohol y las «vistas» pornográficas.

Imaginaba a esos vástagos de familias tradicionales, ya que de las que merecerían legítimamente llamarse patricias pocas conocieron la fortuna de los que iban a ser terratenientes gracias a la Conquista del Desierto, culminando como quiere el tango una noche de farra, *cabaret* y cocaína, con una incursión al *wrong side of the tracks*, con un *walk on the wild side* (¿por qué faltan en el castellano argentino estas denominaciones

evocadoras, coloridas?), impacientes por *s'encanailler, to go slumming*, cruzando las aguas residuales, apestosas del Riachuelo en una barca a remos conducida con sonrisa irónica, silencio cargado de sobrentendidos, por un piloto que más tarde recordaría cómo esos muchachos vestidos de esmoquin, tan bullangueros, que reían y hacían bromas durante el trayecto de ida, iban a volver pocas horas más tarde, ya alto el sol de la mañana, cabizbajos, callados, somnolientos, envueltos en un perfume dulzón, delator.

Es, desde luego, cierto impulso literario lo que lo guía. Lo guiaba ya en la adolescencia, antes de haber leído a De Quincey, a Cocteau, lejos de las sustancias plebeyas que hoy consumen los contemporáneos de su vejez: es el hálito de un tiempo ido lo que despertaba aquella curiosidad, que vacilaría en llamar aristocratizante aunque no hubiese podido imaginar, desde el Buenos Aires de mitad del siglo pasado, un presente de accesibles dealers, de drogas de diseño químico.

De esos fumaderos ha hallado unas pocas menciones, fugaces, contradictorias, teñidas por la imaginación novelesca. Para otra imaginación novelesca, la del adolescente que en mitad del siglo xx, en una Buenos Aires que se le antojaba irremediablemente gris porque no sabía indagar sus márgenes, populosos pero entonces encubiertos, la anciana china, rostro grabado por arrugas tenaces, manos huesudas aún ágiles, diligente todo el día tras la barra de un café de la avenida Corrientes entre San Martín y Reconquista, era una promesa de exotismo. Hoy, al viejo que fue ese adolescente se le ocurre imaginar que esa anciana podía ser la nieta del patrón, de algún oficiante en aquellos fumaderos.

Qué era ese café, intenta recordar. Exhuma de la memoria, sin duda enriquecida por lecturas y películas, un espacio sombrío, menos sucio que irremediablemente gastado, impregnado por el olor del café quemado, por el de la leche demasiado hervida y mantenida en espera, la nata ya amarilleando en la superficie, invadido por las incesantes erupciones de vapor, silbidos y carraspeos de una arcaica máquina abollada cuyo café no aspiraba a competir con el espresso que por aquellos años ya ofrecían lustrosas importaciones italianas en locales atentos a otra clientela. ¿Quiénes podían aceptarlo? Transeúntes sin historia, empleados bancarios,

oficinistas con prisa, nadie que eligiera permanecer allí más que el momento de un consumo rápido entre dos apremios.

Lo había descubierto al lado de otro espacio rico en exotismo: la librería alemana Goethe, amplia, luminosa, cuya vidriera exhibía libros prestigiados por la mera distancia de su origen, novedades que alternaban con clásicos, y entre estos nunca faltaban las luces judías de la cultura germana, Heine, algún filosemita como Lessing, muy lejos de otra librería, no hace mucho se enteró de su existencia, la Dürer de la calle Sarmiento, a escasos cien metros de distancia, que editaba desde 1947 *Der Weg. Monatsschrift für Freiheit und Ordnung in Staat, Politik, Wirtschaft, Recht und Kultur*, enviado por correo anónimo a algún insobornable del Tercer Reich que desde Austria lo hacía llegar a lectores por aquel entonces soterrados, confiados en un nuevo milenio que disipara la ilusión democrática.

(Los recuerdos se asocian vertiginosos, él nunca sabe adónde lo llevan, a menudo se deja ir, viaje sin itinerario ni meta, curioso ante el archivo de trivia que los años han acumulado en su memoria; otras se debate en medio de la corriente para volver a un punto de partida que se ha alejado hasta quedar apenas visible).

Dónde vivía la china, se pregunta, pero inmediatamente desecha cualquier posibilidad y se entrega a novelar. Duerme en el café, nunca sale de él, se despierta al alba y cierra al final de la tarde, ya extinguida la animación sonámbula de la jornada, ningún ave nocturna elegiría hacer escala en un reducto tan desangelado, sillas sobre las mesas, patas erguidas que diseñan un laberinto sepulcral. A esa hora la anciana se retrae a una trastienda cochambrosa, paredes leprosas, olor a pis de gato, que solo redime ¿qué? El adolescente envejecido pero infatigable propone: un paisaje del país perdido, impreso en los colores desteñidos de un almanaque. También: una máxima de Confucio enmarcada por varillas color lacre, dibujada en caracteres tradicionales que ella no sabe leer pero, confía, la protegen con una sabiduría distante. (¿Sabría ella que por esos mismos años el Gran Salto Adelante había proscrito en tierra de sus antepasados las enseñanzas de Confucio?). Múltiples son los caminos de la ficción.

Esas cuadras tan anónimas de Corrientes en su descenso hacia Alem guardaban para él otras invitaciones a novelar. En la última, breve pendiente, el hotel Yousten con sus imponentes bajorrelieves a ambos lados de la entrada; en la esquina final, el edificio de oficinas en cuyo último piso los ventanales de un restaurant, había leído, permitían en días despejados avistar la costa uruguaya.

Nunca había pisado el umbral del hotel, nunca había visitado el restaurant; esa omisión propiciaba puestas en escena imaginarias. En el bar del restaurant, estaba seguro, lo esperaban cocktails de nombre exótico y colores artificiales. Al hotel se veía llegando seguido por un equipaje numeroso, cubierto por esas etiquetas que, no podía saberlo, ya solo existían en bazares de nostalgia, paisajes sobre el nombre de un hotel europeo, del Train Bleu o del Orient Express. (Poco más tarde reconocería avergonzado que esa ficción ya era vetusta por aquellos años, residuo de unas matinés de cines de barrio cuyo programa triple exhumaba films de décadas pretéritas; su imaginaria puesta en escena iba a ser corregida por otros escenarios, otros accesorios. Mochila y motel. Jack Kerouac había intervenido).

Porque ya entonces era un solitario que no hallaba amigos con quienes compartir su vida imaginaria, un *loner* que vivía entre libros para rescatar una parcela privada de la asfixiante convivencia familiar, porque en aquellos irredimibles años cincuenta no estaban al alcance de un adolescente porteño de clase media otras aventuras que las leídas, porque no lograban interesarle las banalmente públicas peripecias del negocio político y la ajetreada transformación social que le fueron contemporáneas, y solo los años, al hacer de él otra persona, le permitirían leerla como una multitudinaria representación de la que no supo ser público... Por todo esto y sin duda por mucho más, no concedía a sus padres un atisbo de misterio.

También: para comprender a esas personas tal vez equivocadas al unirse, y mantenidas en unión por no discernir la posibilidad de una vida respirable por separado, pasarían muchos años, el padre ya muerto, la madre en suave pendiente hacia la senilidad, antes de que sospechase, y finalmente entendiese, que esos individuos a los que estaba ligado por lazos impuestos, por una genealogía opaca, tan ajenos los sentía, habían sido,

ambos, portadores de una novela propia, más bien de dos novelas incomunicadas, que no había sabido detectar el lector voraz, atropellado, enceguedo a los trece años por el descubrimiento de *La metamorfosis* de Kafka.

OceanofPDF.com

—No tengo «recuerdos». Tengo memoria, eso sí.

—Pero usted vivió en una ciudad que ya no existe. Conoció gente que son leyenda.

—¿Qué busca? ¿Anécdotas? A partir de cierto momento, entendí que me buscaban para que las cuente. Entonces decidí nunca más mencionar a esa gente que, para usted, «son leyenda». No quiero convertirme en un *name-dropper*. Solo escribo sobre individuos oscuros, gente cuyo nombre nadie recuerda. Los únicos que me interesan.

—Todo lo que recuerde es valioso para nosotros. De ese mundo desaparecido solo llegamos a ver las ruinas, si es que algo vimos...

—Descartes, añicos, retazos, desechos. Nada más. Solo para mí esos detritus tienen algún sentido. Créame, los que respiramos el aire de aquellos años, los que nos movimos en lo que un anatomista llamaría el tejido conectivo del Buenos Aires de entonces, no le vimos en su momento nada novelesco. Solo en la memoria puede aparecer un aura de ficción. Y solo nosotros podemos darle algún sentido a esos fragmentos.

—Pero quienes nacimos más tarde podemos unirlos. Como las piezas de un puzle. Podemos descubrirles un sentido, tal vez distinto del que tuvieron para usted.

—Y ese «sentido distinto» que usted dice... ¿para qué?, ¿a quién le puede interesar?

—A alguien que usted no conoce. A jóvenes que no puede siquiera imaginar.

—Kintsugi. ¿Oyó hablar del kintsugi?

—No.

—Es el arte japonés de llenar las fisuras de un objeto roto, porcelana por ejemplo, con una resina donde se ha diluido polvo de oro. En vez de disimular la grieta se la subraya con una sustancia luminosa, a veces de mayor valor que el objeto mismo. Así se vuelve noble el objeto: en vez de ocultar las cicatrices de su vida, las exhibe.

—¿No es lo que hace todo novelista con su propia vida?

—Es lo que intenta. Si lo logra es otro asunto.

—¿Y usted? Sus palabras admiten que lo ha intentado. ¿Cree haberlo logrado?

—Se ha hecho tarde. Se me acabó la cuerda y me estoy quedando sin respuestas. Veámonos otro día. Si es que le interesa...

OceanofPDF.com

Intenta detener, no sin esfuerzo, el aluvión de imágenes, de añicos y residuos del pasado que se asocian y agolpan en su memoria. Quiere hacer foco en un momento de su adolescencia, en un personaje.

Una noche de octubre, palpitando ya en el aire las primeras brisas de la primavera, se había aventurado al hoy demolido Union Bar, en la esquina de Balcarce e Independencia. Temía que su edad pudiera hacer que lo expulsaran de ese tugurio que prometía indefinidas aventuras, acaso solamente su atisbo, y tenía preparada una coartada, débil, poco convincente, de cuya eficacia dudaba. Voy a esperar a mis padres, que pasarán a buscarme por aquí al salir del teatro, había repetido varias veces antes de entrar, para poder decir esas palabras con soltura, sin balbucear, ante el primer rechazo.

Para su alivio, nadie pareció advertir su presencia. Se deslizó pegado a una pared hasta aproximarse a la tarima donde un bandoneonista se afanaba amorosamente sobre su fuelle, las solapas del gastado esmoquin no menos relucientes que el pelo rígido bajo la gomina; a su lado, una mujer, expresión cansada, maquillaje enfático, esperaba sentada el momento de acercarse al micrófono y entonar con voz inesperadamente fresca: «Yo de mi barrio era la piba más bonita / y en un colegio de monjas me eduqué».

No era ese modesto espectáculo lo que podía retener su atención, esperaba que más interesante fuese la concurrencia, aunque al barrerla con la mirada no la halló a la altura del exotismo buscado, rostros anónimos, ropas indiferentes, alguna pareja mejor vestida, de sonrisa condescendiente, que parecía haber recalado allí en busca de emociones menos literarias que las imaginadas por él. En algún momento su inspección se cruzó con la mirada de un hombre sonriente, que parecía haberse divertido

observándolo. Se sintió descubierto, y a pesar de la distancia que los separaba buscó en su memoria, como si lo interrogasen, la justificación ensayada antes de entrar, de pronto olvidada. Pasó a concentrarse en el músico y la cantante, ya no nostálgica sino dramática: «Hoy bailo el tango / soy milonguera / me llaman loca / y qué sé yo. / Soy flor de fango / una cualquiera / culpa del hombre / que me engañó». No advirtió que el hombre se había acercado hasta que, de pie detrás de él, habló.

—¿Te gusta el tango, pibe?

No supo qué contestar. El hombre no pareció molesto por su silencio y siguió hablando con la mirada fija en la cantante.

—Sos muy chico para conocerla, pero en los años treinta fue famosa. Cantó con Canaro hasta que la Falcón le hizo la vida imposible, lo obligó a desplazarla. Después dio muchos tumbos pero en los cuarenta volvió gracias a la amistad de la Señora, eran amigas de tiempos de la radio. La Señora nunca olvidó, ni lo malo ni lo bueno, y le dio una mano. Tuvo una segunda carrera hasta que la Libertadora la puso en una lista negra. Nunca se repuso. Ahí la ves. Conserva la voz pero no logra cantar fuera de piringundines como este. Mucha de la gente de edad que ves aquí viene por ella.

El hombre que fue aquel adolescente no logra recordar cómo reaccionó ante esas palabras amables que no cuestionaban su presencia en el bar y se dirigían a él como a un conocido. Recuerda, sí, que cuando el hombre le preguntó qué música le gustaba confesó, no sin timidez, porque su respuesta, intuía, podía expulsarlo fuera del territorio que había elegido explorar, que seguía el *hit parade* norteamericano en el programa de Radio Mitre *Música en el aire*.

—Sí..., a los chicos de tu edad no les gusta el tango, no entienden la letra y la música los deja afuera. Pero no importa. El tango te espera. Va a llegar un momento de tu vida en que al escuchar un tango te vas a dar cuenta de que el tango cuenta todo lo que sentís. Todo lo que viviste.

Los aplausos vehementes que recibió la cantante confirmaron que había acudido a escucharla un público leal. Bajó de la tarima seguida por el bandoneonista; él se eclipsó, ella aceptó la invitación del hombre, sienes plateadas inmovilizadas con fijador, corbata rígida sobre pecho y abdomen,

que parecía haber estado esperándola sin beber ante una mesa aislada en un rincón.

El debutante aceptó la invitación del desconocido. Del océano de trivia sube a la superficie el nombre de su gaseosa preferida: Indian Tonic. El hombre pronunció dos palabras, cuba libre, mezcla inocua de Coca-Cola y ron que para quien tenía vedado el alcohol pertenecía a la novela de la noche.

El investigador memorioso que la edad ha hecho de aquel adolescente se pregunta si solo la ignorancia alimentada por la censura ubicua de aquellos años puede explicar que un chico no intuyese algún peligro en esa situación. O si, por el contrario, el poder silencioso de todo aquello «de lo que no se habla» despertaba una curiosidad sin objeto definido, encendía reservas de intrepidez. Con los años no solo ha aprendido a descreer en la inocencia de la infancia, también admite que en la adolescencia suelen convivir, inextricables, torpeza y oportunismo.

El desconocido se presentó como Andrés. Impulsado por un afán de ficción, él mintió: dijo que se llamaba Víctor.

—Qué interesante —opinó el hombre que decía llamarse Andrés—. Es un lindo nombre, poco frecuente hoy. Están de moda Germán, Fabián, Diego. Tus padres deben de ser personas cultas.

Poco acostumbrado a escuchar un elogio a su familia, el chico que había dicho llamarse Víctor no encontró nada que decir. Andrés no esperó que hablase y continuó en el mismo tono, una familiaridad cauta que no podía sino poner cómodo al joven que había abordado poco antes. Minutos más tarde, ya había averiguado que Víctor estudiaba en el Colegio Nacional Buenos Aires, que vivía con sus padres en el barrio de Colegiales, que no tenía hermanos. A su vez, el adolescente intentaba acertar con una edad posible para su interlocutor. ¿Cuarenta? ¿Cincuenta? Todo adulto de más de treinta y cinco años ingresaba para él en un limbo impreciso del que pasaría, abruptamente, a una ancianidad decretada por la espalda encorvada y el andar vacilante.

Al salir al Paseo Colón, Víctor, liberado del humo de cigarrillo, del encierro del bar, respiró con fruición el fresco nocturno. Andrés lo acompañó a la parada del colectivo y se despidió con un apretón de manos.

Durante el largo trayecto que lo devolvería a su vida cotidiana, al nombre que aparecía en su documento de identidad, Víctor sintió, entusiasmado, que había dado unos primeros pasos en tierra incógnita. Solo. Lejos de su familia. Había merecido la atención de un adulto que le hablaba sin condescendencia ni severidad, que escuchaba sus respuestas con atención. También se dio cuenta de que no sabía nada de Andrés. Demasiado inexperto como para sacar conclusiones de la ropa, del vocabulario o de la entonación en el habla, inauguró para él un espacio inexplorado en su imaginación: Andrés sería el primer personaje conocido fuera de los libros al que podía prestarle rasgos de ficción.

OceanofPDF.com

Dos días más tarde, al salir del Colegio, no le sorprendió demasiado ver a Andrés, sonrisa amplia, mano en alto para llamarle la atención, esperándolo en la vereda de enfrente; al contrario, más de una vez se había preguntado cuál sería el azar que permitiría el reencuentro, con la certeza de que el azar no lo defraudaría. Cruzó la calle sin vacilar. Andrés lo saludó con una palmada en el hombro.

—Pasaba por aquí y me acordé de que eras alumno del Buenos Aires. ¿Tenés tiempo? Te invito a tomar algo.

Víctor explicó que necesitaba llamar a su casa, inventar alguna excusa para no almorzar con la madre, tal vez reunirse con algunos compañeros para preparar un inverificable trabajo práctico; impaciente por aceptar la invitación, no se preocupó demasiado por la verosimilitud, sabiendo que su madre aceptaría aliviada cualquier justificación que le evitase la espera a la hora del almuerzo.

Andrés se limitó a un café mientras lo miraba sonriente, una vez más como si le divirtiese observarlo, atacar con entusiasmo un sándwich tostado y una Coca-Cola. Echó una mirada a los libros y cuadernos que Víctor llevaba atados con una correa; se detuvo ante un delgado volumen, el único forrado: un destartalado ejemplar, con cicatrices de haber pasado por más de una librería de viejo, de las *Confesiones de un inglés comedor de opio* de Thomas de Quincey. Entre sus páginas halló un recorte del suplemento dominical de *La Prensa*: «Tiempos felizmente superados. La mala vida porteña».

—¿Por qué te interesan estas porquerías? Sos un chico sano, de familia decente, me doy cuenta. Opio, mala vida... Estas no son cosas para vos.

Víctor no supo responder. Sintió que se ruborizaba y desvió la mirada hacia el vaso donde lo esperaba un último trago. Andrés percibió esa incomodidad y cambió de tema.

—¿Ya sabés qué querés hacer en la vida? A tu edad, podrías tener alguna idea...

—Quiero ser escritor —proclamó Víctor. Lo declaró enfáticamente, menos para escapar del reproche recibido poco antes que porque quería afirmarse como un adulto ante otro adulto. Sabía que sus palabras no recibirían de Andrés la sonrisa escéptica que sus padres hubiesen intercambiado al escucharlo.

—Ahora entiendo qué estabas haciendo la otra noche en el Union Bar —Andrés parecía interesado—. Tené cuidado: la curiosidad mató al gato, dicen. Estabas observando, espiando... ¿Buscabas alguna experiencia fuerte? ¿Ver algo novedoso, prohibido? No lo vas a encontrar en un piringundín como ese, no está a la vista. Y no les creas a los diarios: nada está «felizmente superado». Todo sigue igual. Cambian las caras, los lugares, la gente tiene otro nombre pero en el fondo sigue siendo la misma. Y creeme, es mejor que no encuentres nada de todo eso que despierta tu curiosidad.

La mirada de Andrés pareció nublarse un instante, buscó un cigarrillo, lo encendió, gestos que Víctor entendió a medias, lo suficiente como para intuir que no debía hacer preguntas, que ese cigarrillo le permitía a su amigo evitar una pendiente peligrosa, alguna confidencia... Solo se animó a citar el artículo que había recortado: preguntó si era cierto que a las puertas de la ciudad había habido fumaderos de opio. Andrés respondió con un dejo de impaciencia.

—Eso dicen, pero parece que fue antes de mi época. En los años treinta los viciosos de la alta sociedad le daban a la morfina. Más de un médico tenía acceso a la droga gracias a sus recetas y hacía de proveedor. Uno, cuentan, envició a su mujer, que terminó muerta de una sobredosis. Pero mejor ocupate de otra cosa, no desentierres basura.

No se le escapó a Víctor la irritación de Andrés. Algo había dicho que incomodó a su nuevo amigo, que le hizo llamar al mozo y pagar, señal de

que el encuentro llegaba a su fin. Pero muy pronto Andrés recuperó su afabilidad.

—¿Te veo otro día? Sos un chico muy inteligente y me gusta hablar con vos. Solo quisiera que no pierdas el tiempo con pavadas. Estudiá, hacé deporte, portate bien. —Hizo una pausa y su mirada pareció perderse más allá del rostro de Víctor—. Pensar que hasta hace pocos años todos los estudiantes del secundario podían ir a practicar deportes en la Quinta Presidencial. Parece mentira.

Víctor se sorprendió al escuchar esos consejos en la voz del único adulto que veía como un personaje de ficción, que le prometía asomarse a un mundo ajeno a su vida familiar: pertenecían al repertorio de sus padres. Pero sus padres, cuando recordaban esos «pocos años atrás», no escatimaban burla y rencor. Esperó que ese rapto de severidad no fuese en Andrés más que un desvío pasajero, una distracción.

—¿Adónde te gustaría que te lleve uno de estos días?

Víctor no vaciló: le gustaría ver una revista, género teatral que sus padres despreciaban.

OceanofPDF.com

Por el escenario del Nacional desfilaban mujeres con pequeñas estrellas de strass adheridas a los pezones y sobre el pubis un minúsculo recorte de tela no menos brillante, sostenido por un hilo plateado que les rodeaba la cintura y se escondía entre las nalgas. Tenían, todas, la piel sedosa, brillante, regada de minúsculas motas de polvo plateado que emitían destellos cuando las rozaba un haz de luz. Eran muy altas, o lo parecían gracias al calzado de generosa plataforma, también refulgente, que por contraste realzaba su retaceada desnudez. Víctor seguía sus evoluciones al compás de la estridente música que surgía del foso de la orquesta. En algún momento las coristas formaron dos alas a ambos lados de una escalinata hasta ese momento oculta, en su cima apareció la que, codazo de Andrés mediante, entendió que era la *vedette*, el plato fuerte del espectáculo: aún más alta que las otras mujeres, piernas largas que parecían llegar más allá del talle para sostener pechos esculturales, erguidos sin ayuda, toda la piel de un color bronce que no parecía adquirido en alguna playa ni pintado. Dominaban la cara ojos subrayados por líneas negras como el pelo.

—Se hace pasar por francesa —susurró Andrés—, porque actuó en París y recaló aquí con una gira del Folies Bergère, pero es mitad rusa, mitad gitana.

Tanto exotismo exaltó más que cualquier droga la atención de Víctor. Siguió cautivado los pasos rítmicos, sin prisa, con que la *vedette* bajó la escalinata, deteniéndose brevemente en cada escalón, imprimiendo una leve oscilación al alto tocado de plumas que sostenía sin esfuerzo aparente sobre la cabeza mientras la orquesta redoblaba la efusión de bronces y percusiones. Al llegar al nivel del escenario, salieron de entre bastidores un enjambre para el que Víctor aún no tenía la palabra boys. Vestidos con

esmoquin blanco de solapas plateadas escoltaron a la *vedette* sin escatimar expresiones de embeleso y revoloteo de manos; los dos más próximos a ella fueron los primeros en arrodillarse como ante una imagen divina, los demás los imitaron unos tras otros creando un movimiento ondulatorio parecido a un oleaje. Ella dio dos pasos hacia el público y habló en francés, traduciendo inmediatamente con un acento que a Víctor le pareció encantador.

—*L'ai-je bien descendue?* ¿La bajé bien, muchachos?

El público masculino rugió entusiasmado, las mujeres poco numerosas que lo acompañaban rieron, la orquesta culminó con acordes unánimes, ensordecedores, las luces de escena parecieron aumentar su intensidad, arrancar nuevos destellos a los brillos de ropa y maquillaje. Los aplausos no esperaron a que el telón cubriera ese derroche de espejismos.

—Vení, te llevo a los camarines, así las podés ver de cerca.

Al llegar al teatro, un hombre en uniforme de fantasía se había acercado a ellos para decir, con autoridad tranquila, que la revista no era apta para menores. Por toda respuesta, sin una palabra, Andrés le mostró un carnet, Víctor nunca sabría de qué institución, y el guardián depuso toda severidad para producir una sonrisa y murmurar que disfruten del espectáculo.

(Hoy, el escritor, que recupera gestos y palabras de un pasado lejano que le parece apenas suyo, entiende que ese fue un momento decisivo en la relación del adolescente con su nuevo amigo: si antes lo había dominado la curiosidad, con ese gesto nació la admiración).

El mismo hombre de uniforme y galones que se había interpuesto cuando llegaron les abrió sonriente una pequeña puerta que conducía a una escalera, a un subsuelo, a pasillos donde gente, no toda vista en el escenario, iba y venía, agitados, febriles. Pasaron ante la puerta abierta de un camarín: una docena de boys, sin dejar de quitarse el maquillaje y las galas de escena, dirigieron una mirada curiosa al adolescente que, acompañado por un hombre que no parecía ser su padre, se internaba en territorio ajeno. Al pasar, Andrés cerró la puerta sin detenerse.

—Maricones, todos —comentó.

Víctor descubría una sensación distinta de la fascinación que minutos antes había sentido ante un mundo recién descubierto. Había sido

espectador de una revista, uno entre doscientos; ahora le parecía estar actuando en una película gracias al privilegio no compartido de acceder al otro lado del espectáculo.

Ante la puerta cerrada de otro camarín, Andrés golpeó suavemente y preguntó con voz fuerte si se podía pasar. Una de las coristas, ahora envuelta en una bata de colores vivos, se asomó, pareció reconocerlo y dudó un instante al ver a Víctor. Detrás de ella asomaron otras, batas entreabiertas que permitían apreciar pechos ya liberados de las estrellitas de strass. Ante la mirada alerta del adolescente, una risa contagiosa recorrió ese estrecho espacio, dos filas de espejos enmarcados por luces enceguecedoras que duplicaban una docena de cuerpos maquillados.

—Déjalo afuera o el inspector nos va a multar por recibir a un menor en el camarín... —aconsejó la que había abierto la puerta.

Andrés le pidió a Víctor que esperase en el pasillo, es cosa de un minuto, y cerró la puerta al entrar. Del camarín llegaron risas aún más sonoras y Andrés, efectivamente, no tardó en salir, limpiándose la nariz con el pañuelo que siempre lucía en el bolsillo superior del saco.

—Andando, pibe. Tengo con qué invitarte a un restaurant como la gente.

Víctor, entusiasmado por la aventura que estaba viviendo, preguntó si no podían ver a la *vedette* francesa. Andrés le explicó que muy pocas personas, el maquillador, la vestuarista, el director de escena, estaban autorizados a entrar en su camarín no compartido.

(El escritor desciende a los pasadizos de la memoria como al túnel de una mina. Al rato surge un restaurant de la calle Callao, larga fila de pequeños espejos todos iguales enmarcados contra una pared, comensales que a medianoche despliegan risas y voracidad que Víctor no imaginaba a esa hora).

Andrés le explicó que el restaurant estaba abierto toda la noche, a eso de la una llegaba la gente de teatro; a partir de las cuatro y hasta las siete u ocho, la fauna de *cabaret* y *night clubs*. Todos reponían fuerzas gracias a la especialidad de la casa, un puchero generoso.

—Pero nosotros no vamos a comer eso. Vas a probar algo más rico.

(El escritor recuerda: huesos de caracú, tostadas, sal gruesa).

Andrés untó las delgadas rodajas de pan con la médula y las cubrió con granos de sal. Víctor mordió la primera disimulando su aprensión, la médula babosa resbaló sobre la lengua y se perdió rápidamente en su garganta. Le quedó un regusto sabroso. Sonrió a la mirada expectante de Andrés, tan satisfecho de hacerle probar algo nuevo como poco antes había estado de darle a conocer un espectáculo de revistas.

Andrés pidió una jarra de tinto y una gaseosa para su amigo.

—¿Tus padres no te dicen nada si volvés tarde?

Víctor explicó que la madre siempre tenía listo un reproche, el mismo con pocas variaciones, para recibirlo en la mesa del desayuno; el padre, en cambio, veía con satisfacción esas primeras trasnochadas, que suponía eran índice de la virilidad que se iba definiendo en el hijo.

Al salir del restaurant, Víctor comprobó que a esa hora ya no pasaban los colectivos que hubiesen podido devolverlo a una vida que, ahora estaba seguro, ya le estaba quedando chica. Andrés le puso un billete en la mano.

—Tomate un taxi, pibe. Mañana tenés que despertarte temprano, ir al colegio y necesitás descansar.

OceanofPDF.com

Los padres no advirtieron cambios en la conducta de Víctor durante las semanas siguientes. No fue el caso de su prima Cecilia, siempre atenta a sus vacilaciones de adolescente.

—¿Qué tenés? Algo te anda pasando... ¿Conociste a una chica? O a una mujer, más bien...

(Llamado por el eco de la voz empieza a ponerse en foco un rostro, como una polaroid que al contacto del aire va revelando formas y colores).

Ceci no era linda pero sabía lucir sus mejores atributos, sobre todo una petulante sensualidad. Tres años mayor que Víctor, solía desarmarlo con la madurez que posee toda joven sobre un varón de su edad. Hija de parientes a quienes «les había ido bien», los padres de Víctor se referían a ellos con dosis equitativas de envidia y desdén, Ceci había merecido a los catorce años ser confiada a la atención de un psicoanalista; esto había dejado una huella en su vocabulario y gran soltura para hablar de sexo, su tema preferido. A los ojos de su primo, todo eso le confería un prestigio particular, aun superior al de los viajes a Europa de donde volvía —la miman demasiado, así está saliendo, dictaminaba la madre de Víctor— con ropa y discos y perfumes inhallables en Buenos Aires. En su compañía, una tarde de sábado en un cine de la avenida Cabildo, había descubierto *La strada* y empezó a apreciar algo distinto del canon de Hollywood. Ceci gozaba de alguna complicidad inconfesada con el administrador de ese cine: no solo no pagaba la entrada, también le permitía infiltrarse por el piso superior cuando proyectaban algún film prohibido para menores, privilegio que compartía generosamente con Víctor.

Otra tarde de sábado, mientras esperaban que empezase la proyección de *Un verano con Mónica*, dirigió la mirada hacia la bragueta de su primo y

preguntó:

—Y con eso ¿cómo te arreglás?

Víctor se ruborizó. Festejaba las incursiones de su prima por la confidencia íntima, sonreía ante alguna palabra cuya franqueza le resultaba insólita en una mujer, pero no practicaba la reciprocidad: Ceci podía confiarle sus exploraciones, él callaba sus incertidumbres. Ante una pregunta tan directa no supo qué contestar, y su silencio fue recibido como un incentivo.

—Hay cosas más interesantes que hacerse la paja. Me imagino que lo sabés aunque no sé si ya probaste...

No esperó la respuesta, le pareció evidente que no llegaría, para invitarlo a visitarla el día siguiente a mediodía. Sus padres iban a pasar el domingo en la quinta de unos amigos, excursión que no le interesaba, y se quedaría sola, le gustaba la expresión «reina del bosque», en ese piso 19 de la avenida del Libertador, cuyas dimensiones y vista al río merecían comentarios sarcásticos de los padres de Víctor. El primo aceptó sin vacilar para clausurar un tema que lo incomodaba. Lo tironeaban la impaciencia e inseguridad ante la prueba a la que sería sometido.

El escritor viejo no puede evitar una sonrisa. Admite que de ese momento, que muchos suponen capital en la vida de todo hombre, ha sobrevivido en su memoria menos la prestigiosa exaltación que una rica marginalia: el cielo plomizo que anunciaba tormenta visto por la ventana del dormitorio de Cecilia, gris denso atravesado por fugaces franjas amarillas y rosadas; la *ragas* de Ravi Shankar que ella eligió como música para acompañar el encuentro y que él escuchaba por primera vez; el perfume preferido de su prima, que impregnaba sábanas y almohada y él no iba a reconocer en ningún otro que encontrase en su vida. Ceci lo ayudó a alcanzar la necesaria prestancia, lo guio con firmeza y sin prisa, le indicó los movimientos que muy pronto él iba a encontrar espontáneamente y suspiró satisfecha cuando su primo, ya sin ayuda ni indicaciones, alcanzó el ritmo buscado y descargó muy pronto, demasiado pronto tal vez, todo su inexperto deseo.

—Muy bien. Ahora me tenés que ayudar.

Víctor, emergiendo apenas de la «pequeña muerte», dejó que ella le tomase la mano para llevarla entre sus piernas. Ahora no necesitó que guiaran sus movimientos, exploró, acarició, pellizcó esa húmeda, tibia intimidad hasta que un suspiro de Ceci, profundo, ahogado, le hizo entender que su misión estaba cumplida.

Ingenuamente orgulloso, se sintió dueño de una autoridad recién inaugurada.

OceanofPDF.com

El que sí advirtió un cambio en Víctor fue Andrés. Algo leyó en sus gestos, en el tono de su voz, que hablaba de la tácita frontera atravesada. Hizo alguna insinuación sonriente que no halló más que silencio, también sonriente, en su joven amigo, y esas sonrisas sellaron, a través de la diferencia de edad, una complicidad masculina. Víctor, que hasta ese momento había confiado a su amigo ambiciones e insatisfacciones con la candidez propia del adolescente halagado por la atención de un adulto, ahora guardaba, celoso, un secreto, y gozaba al entender que el amigo lo adivinaba sin que él lo declarase.

Demasiado tímido para preguntar, Víctor no sabía de qué se ocupaba Andrés, si vivía solo, si tenía familia. Algo lo llevaba a respetar la reserva del adulto, como si la ignorancia contribuyese a preservar el carácter novelesco que prestaba a su amigo. Una de las pocas cosas que había sabido era que vivía en San Fernando, y le pareció extraño que ese hombre tan desprendido con el dinero no se desplazara en automóvil y aceptase someterse a los erráticos horarios del ferrocarril. Más de una noche Andrés lo invitaba, antes de subir al tren que lo llevaría de vuelta a su casa, a tomar algo en la confitería de la estación Retiro, un alto recinto de mármoles y espejos que, Víctor no podía sospecharlo, pocos años más tarde iba a lucir opacado y desgastado como tantos otros rastros de la presencia británica.

—Te vestís muy serio para un chico de tu edad —observó Andrés en una de esas ocasiones.

Víctor explicó que su padre, con la autoridad que le confería el hecho de pagar, no le daba libertad para elegir ropa; escuchaba distraído, aprobaba o censuraba las elecciones del hijo, cuyo dinero de bolsillo no permitía alguna compra no autorizada. Entre los vetos paternos estaban los *jeans* que la

mayoría de los chicos de la edad de Víctor ya lucían como uniforme. En aquel entonces aún conservaban cierto carácter desafiante, aún no habían sido normalizados, neutralizados por el uso de personas de todo sexo y edad. «Es ropa de atorrantes», opinaba el padre, definitivo. Andrés rio al escuchar ese dictamen.

—Mañana nos encontramos a la tarde. Te llevo a un lugar que te va a gustar.

La cita fue bajo el puente de Pacífico. A pocos metros, sobre la avenida Santa Fe, Andrés conocía un negocio abierto a la calle sin puerta ni vidrieras, una especie de depósito donde se amontonaban en mesas y estantes *jeans*, camperas, zapatillas, sin pretensión de seducir al cliente con una exhibición cuidada.

—Elegí lo que te guste, pibe, no te fijés en el precio. Y no te hagás problemas por tu padre. Podés salir de casa con los *jeans* y las zapatillas en la mochila del club y cambiarte en el baño de cualquier bar.

Víctor revisó las pilas de *jeans* apenas diferenciados por las marcas, muy visibles en etiquetas de color marrón cosidas a la cintura en la parte trasera. Se dejó tentar por la más publicitada, aunque aún no sabía que su nombre era el apellido de un famoso antropólogo y escritor francés.

Es posible que esa tarde haya sido una bisagra importante en la relación de Víctor y Andrés.

El adolescente ya había advertido que un destello de simpatía se encendía en la mirada del adulto cuando él aceptaba el billete que le permitiría volver a Colegiales después de medianoche, el destello con que ahora lo observaba revisar las pilas de *jeans* en busca del regalo prometido. Con la espontánea venalidad propia de su edad, entendió que esa generosidad recién descubierta era su capital, el único que poseía, y que si al adulto le procuraba placer, aunque él no supiese discernir en ese placer la parte de dominio ejercido y la de complaciente sumisión, no debía tener reparos en cultivarlo. Con aplomo en la fingida timidez, se acercó a Andrés, los *jeans* elegidos en mano, y le preguntó si podía pedirle que le comprase también una remera.

—Elegí dos, pibe. Y ya que estamos una campera que te guste.

Víctor asintió, murmuró gracias en voz baja pero acompañó la palabra con una palmada en el brazo de Andrés. Ese contacto, que no podía resultar equívoco, turbó sin embargo al adulto. Por primera vez Víctor vio en su mirada un instante de vacilación, rápidamente corregido por una sonrisa forzada. Cuando salió del probador, feliz de lucir no solo los *jeans* que su padre vetaba sino también las otras prendas que el amigo pagaría, Andrés había recuperado su dominio habitual.

—Qué machito... —exclamó satisfecho mientras lo despeinaba para liberar el pelo domado, buscando darle cierto aire de rebeldía—. Parecés James Dean.

Esa mano de Andrés sobre el pelo de Víctor, aquella mano de Víctor sobre el brazo de Andrés... El escritor se pregunta por qué un breve contacto físico entre amigos, tan corriente en los barrios porteños como entre hombres de cualquier pueblo latino, y aún más en todas las sociedades que bordean el Mediterráneo y sus herederos americanos, apareció cargado aquella tarde con un peso no declarado, algo sin nombre que turbó a Andrés e iba a permanecer en la memoria de Víctor.

Una respuesta demasiado obvia acude de inmediato a su mente: esos gestos fugaces, roces apenas, serían el esbozo permitido de un contacto menos superficial. Y ese otro contacto, a aquellos personajes les resultaba inimaginable. Si alguien les hubiese sugerido que estaba latente en su aproximación, hubieran reaccionado con irritación, aun con violencia. Por razones diferentes, ajenas al pudor, solo respetuosas de los límites tácitamente aceptados de la masculinidad, no podían siquiera concebir una forma de realizarlo sin caer en la parodia, preservando, ambos, esa masculinidad que valuaban por encima de toda otra cualidad. Hubiera supuesto para ellos, en aquel tiempo y aquel lugar, ingresar en otro vocabulario, en otra gestualidad, avanzar sobre arenas movedizas donde acechaban celadas, escarnio, sometimiento. Y en ese territorio, ni a Víctor, intuitivamente, ni a Andrés, que tanto parecía haber visto de la vida, se les ocurría poder aventurarse.

Y al mismo tiempo, reconoce el escritor, era esa misma interdicción, que ambos amigos acataban sin plantearse siquiera su existencia, menos aún

la posibilidad de transgredirla, lo que hacía más fuerte, más densa, más oscura su relación.

OceanofPDF.com

Algunas noches, antes de dormirse, Víctor se preguntaba cuál era la ocupación, el oficio, la profesión de Andrés, de dónde provenían los billetes que sacaba tan despreocupadamente del bolsillo, dinero que a él no solo le permitió la inédita experiencia de volver a casa en taxi después de medianoche; también había pagado las prendas que rejuvenecían su vestuario, ahora escamoteadas en un bolso deportivo, fuera de la inspección frecuente que la madre realizaba en el placar de su cuarto. Los encuentros dominicales con la prima Ceci le procuraban satisfacciones cada vez mayores a medida que se afirmaba la confianza en su capacidad y se volvía más diestro en sus recursos sin necesidad de ser guiado. Y sin embargo esos triunfos consentidos, más bien deportivos, desprovistos de todo romanticismo, se disipaban muy pronto, meros halagos de vanidad cuyo recuerdo no lo visitaba cuando apagaba la luz. El personaje de Andrés, en cambio, a la vez afable y misterioso, se había instalado en su imaginación literaria rodeado por un halo indefinido, una sospecha de peligro.

En uno de sus encuentros fueron a un cine de la calle Corrientes a ver un film de aventuras en cinemascope y colores. Las peripecias ocurrían doscientos años atrás, en un paisaje sombrío, agreste, de la costa escocesa. Un chico apenas menor que Víctor llega a un castillo con un mensaje de su madre muerta: debe buscar la protección de un caballero del que ignora que había sido amante de su madre. Por azar descubre que ese noble, jugador y mujeriego, es también el jefe de una banda que provoca naufragios en la costa rocosa vecina para saquear los despojos y hacer contrabando de *whisky*. Después de muchas aventuras en las que el supuesto protector intenta desembarazarse de la criatura que sigue sus pasos e insiste en convertirse en su teniente, el arrepentido guardián salva con un acto heroico

al chico a punto de ser asesinado por los contrabandistas de cuya traición ha sido testigo. Herido de muerte, el noble parte en una barca hacia alta mar ocultando su herida, prometiendo volver. El chico se entera de que ha sido declarado legítimo heredero del castillo, y vivirá frente al mar esperando el regreso, que no sabe imposible, de su héroe.

A medida que la historia desplegaba peripecias y revelaciones, Víctor empezó a proyectarse en el papel del huérfano, a ver a Andrés en el del noble disoluto, generoso y malhechor, que procura liberarse de la misión recibida, de la admiración cargosa de un chico. En el film también había una pareja de aristócratas siniestros en busca del diamante escondido en un pozo del castillo, una amante vengativa y una bailarina gitana. Pero Víctor desalojaba de su atención esas intrigas subalternas a medida que surgían, para él solo contaba la relación del huérfano con su ambiguo protector. Nada de eso le dijo a su amigo, pero algo debió de percibir este en el silencio ensimismado que guardó Víctor al salir del cine. Mientras se alejaban del ruido y las veredas ajetreadas de Corrientes, Andrés esperó el momento de hacer una pregunta.

—¿Y? ¿Te gustaría escribir una historia como la de la película?

Sorprendido, Víctor no respondió inmediatamente. Cuando lo hizo, se enredó en argumentos improvisados: la verdad es que no sabía qué era lo que querría escribir; en algún lado había leído que primero el escritor debe acumular experiencias para poder luego darles forma; el argumento de la película le recordaba demasiado a su libro preferido, *La isla del tesoro*; lo único de lo que estaba seguro es que nada de lo que había vivido hasta ese momento le parecía interesante como para contarlo.

—Veo que ya pensaste en el tema —opinó Andrés—. No te apures, cuando llegue el momento te van a venir las ganas, la necesidad de escribir algo, y lo vas a hacer. Pasemos a otra cosa, te llevo a comer algo que seguro no conocés.

El restaurant estaba a un lado de la plaza San Martín, en la bajada de la calle Maipú hacia Retiro. En las paredes, entre láminas de lagos y montañas, amenazaban con intención decorativa cornamentas y cabezas de ciervo embalsamadas. Un mozo, hombre mayor, chaqueta negra, solapas lustrosas, delantal hasta los tobillos, saludó a Andrés como a un conocido y

Víctor oyó a su amigo pronunciar con soltura palabras que escuchaba por primera vez: *Leberkäse, Wiener Schnitzel, Kartoffelsalat*.

Como quien hace un inventario, recorrió con la mirada todo el ámbito de exotismo al que había sido admitido. En las mesas vio más hombres que mujeres, nadie era joven, todos hablaban lo que le pareció alemán. Le resultó evidente de inmediato la distancia con el otro restaurant que Andrés le había descubierto, el palacio del puchero nocturno y la farándula trasnochada. Aquí también la gente reía con frecuencia, pero su risa no era alegre aunque podía ser estentórea, había en ella un fondo sardónico, agresivo, y si una voz se imponía sobre las demás no era para festejar sino para rebatir. Quiénes son, de dónde sale toda esta gente, preguntó.

—Nostálgicos —fue la concisa respuesta del amigo—, gente que no puede volver a su patria y se junta para recordarla.

La comida resultó menos exótica que el ambiente: Víctor reconoció la milanesa, aquí rebozada con harina en vez de pan rallado, probó una ensalada de papas sosa a pesar de la vinagreta, solo el paté de hígado resultó una moderada novedad. Andrés, como de costumbre, entre paternal y cómplice, observaba divertido sus reacciones.

De pronto, estalló un llanto de mujer que inmediatamente acalló toda conversación y quedó lo único audible en medio del silencio. El hombre que hasta ese momento había estado vigilante detrás de la caja abandonó su puesto, Víctor lo siguió con la mirada y descubrió a una rubia de edad indescifrable a la que su compañero de mesa no lograba aplacar. Qué podía haber provocado ese desborde, nunca lo sabría; los dos hombres hablaron serenamente en voz baja mientras la rubia hundía la cara en un pañuelo e intentaba sin éxito dominar los sollozos.

—Ahí tenés, pibe. Una escena del mundo adulto. Recriminaciones, humillación donde a lo mejor alguna vez hubo algo parecido al amor.

Víctor no sabía si estaba sorprendido por asistir en público a una escena que hasta ese momento solo había espiado entre sus padres, en la intimidad, o por las perspectivas que le abría el comentario distante, escéptico de Andrés.

Otra mujer dejó su mesa para alcanzarle a la rubia un pequeño vaso de bebida incolora. Esta pareció serenarse, esbozó una sonrisa y lo bebió de un

trago. Alguien festejó la situación con aplausos y una risotada.

—*Schnaps*... Todo se arregla con un poco de alcohol. Qué tristeza... — Andrés acompañó su comentario con una sonrisa agria—. No te casés nunca, pibe. Tené todas las mujeres que quieras pero no te atés a ninguna.

Su mirada quedó clavada en la escena pero ya no parecía verla, entregado a pensamientos que prefirió no confiar a palabras. Después de un momento arrojó sobre la mesa varios billetes que no contó.

—Vamos, pibe. Ya viste bastante por hoy.

OceanofPDF.com

El escritor no sabe si la cronología de lo que intenta narrar respeta la de los hechos recordados. Sabe, sí, que la memoria borra más de lo que recuerda. Pero confía en la imaginación. La imaginación, astuta, rescata todo aquello que la memoria ha borrado y lo atrapa en la red de la ficción.

Algunas noches los padres de Víctor se inquietaban. Eran los años cincuenta del siglo xx en Buenos Aires y Víctor gozaba de una independencia mayor que la de otros chicos de clase media. Las salidas nocturnas del hijo, al principio ocasionales, se habían ido haciendo cada vez más frecuentes. Y algo en su actitud, en sus pocas palabras en la mesa del desayuno, delataba un cambio. El de la adolescencia, dictaminó muy pronto el padre: algo hormonal que se contagia a todos los aspectos de la conducta. La madre no estaba convencida. Sabía parco al hijo, pero en los últimos tiempos sus silencios le parecieron otros, los de alguien que esconde un secreto. Ambos, cada cual con sus razones, eligieron guardarse las preguntas, el padre contento con su hipótesis, la madre temiendo enterarse de algo que no le gustaría saber.

Llegó el día en que Víctor le pidió a su prima que lo «cubriera» por un fin de semana. Cada vez menos tímido, más diestro en el manejo del poder recientemente descubierto sobre el amigo mayor, Víctor había obtenido de Andrés una invitación a pasar un fin de semana en Tigre. Una pregunta sobre San Fernando, deslizada una noche en que lo acompañó a la estación Retiro, cómo es donde vivís, estás cerca del río, había hecho surgir en la conversación el nombre de Tigre y la inmediata confesión por parte de Víctor: no conocía el delta ni las islas de las que tanto había leído, sus padres solo dejaban Buenos Aires en verano para ir a las sierras de Córdoba y no eran amigos de explorar destinos cercanos. Andrés respondió como

esperaba, con la promesa de guiar a su joven amigo por el laberinto de canales y riachos que forman el delta del Paraná, de explorar en su compañía lo que él aún no conociera. Víctor aceptó con entusiasmo la invitación que había provocado.

Cecilia aceptó ser su cómplice: llamó a los padres para anunciar que llevaba a Víctor de acompañante a la fiesta de cumpleaños de una amiga, reunión que iba a prolongarse todo el fin de semana en una quinta suburbana. Para obtener la autorización debió responder preguntas sobre el carácter de la fiesta y la familia de la amiga, inspiradas menos por la invitación en sí que por la desconfianza hacia una joven psicoanalizada. Ceci y Víctor rieron cuando ella le resumió ese interrogatorio a su primo. Más tarde iba a dirigirle una mirada intencionada: «Sigo sin saber en qué andás, el lunes algo me vas a tener que contar».

La mujer que les dio la bienvenida en la hostería Tyrol llamó Fredi a Andrés.

El error, si es que de un error se trataba, fue rápidamente incorporado por Víctor al halo de misterio con que veía envuelto a su amigo, un nuevo signo de interrogación. No lo comentó, pero Andrés sintió necesidad de explicarlo apenas quedaron solos.

—A Franca le recuerdo a su marido o a un amante muerto en la guerra que se llamaba Federico. No sé cuántas veces le repetí que no es mi nombre, pero no hay caso, ella sigue llamándome Fredi.

La mujer que Andrés llamó Franca hablaba con un acento que Víctor no había oído antes. Le preguntó a su amigo de dónde era. La respuesta no fue precisa.

—Creo que es croata, pero con la gente de esos lados nunca se sabe. Cambiaron fronteras, los invadieron, para escapar tuvieron que conseguir documentos falsos... Ponete contento, pibe. Somos argentinos, tenemos suerte.

Andrés no podía entender que ese resabio de aventuras, países lejanos que Víctor no sabría ubicar en el mapa, idiomas incomprensibles, historias dramáticas, era todo lo que podía atraer a su joven amigo. Era un

desprendimiento de sus lecturas, de tantos programas triples en cines de barrio. Y ahora estaba en medio de esa novela.

Habían llegado en tren a Tigre y de allí fueron a la estación fluvial. Una hora y media después, la lancha amarró frente a la hostería. Franca se asomó al muelle y sonrió al reconocer a Andrés. Víctor fue presentado como hijo de unos amigos. La mujer les deseó la bienvenida mientras examinaba de pies a cabeza a Víctor con una sonrisa que no descartaba cierto celo policial. Ya era de noche y él, mecido por la brisa cálida que venía al encuentro de la lancha, había dormido gran parte del trayecto sin ver el paisaje que tanto había querido descubrir, solo absorto, en los momentos en que abría los ojos, por el negro puro de un cielo de estrellas límpidas, libre del vapor luminoso con que la electricidad ensucia el cielo nocturno de la ciudad.

En la hostería comió un sándwich y cayó dormido apenas la cabeza tocó la almohada. Dormía profundamente cuando Andrés, que se había quedado conversando con Franca, entró en el cuarto compartido.

Una claridad tímida se filtraba por las hendidias de la persiana cuando Víctor abrió los ojos. Andrés dormía en la otra cama y él se cuidó de no hacer ruido al salir en puntas de pie, descalzo y sin vestirse, para asomarse a la galería y descubrir el paisaje en la primera luz del día.

El agua fluía serena con un murmullo regular, apacible, y la espesura de la otra orilla parecía recobrar lentamente sus colores a medida que asomaba el sol. Una brisa fresca aliviaba el calor que horas más tarde iba a imponerse. Algo que de lejos no pudo ver con claridad venía flotando en la corriente. Cuando estuvo más cerca, reconoció un entrevero de raíces, cascotes, hojas, ramas, plantas muertas, otras aún vivas, alguna rata de agua debatiéndose entre ellas, una víbora serpenteando a través de esa maraña, toda una isla flotante hecha de la aglomeración de desechos y materias en varios estados de supervivencia o putrefacción.

—Es un camalote —respondió Andrés a la pregunta no formulada de Víctor. También él se había despertado con el amanecer y había salido a la galería, también él descalzo y en *shorts*.

Víctor no podía quitar los ojos de ese islote que palpitaba en medio de la corriente. Pasaba ante sus ojos como un intruso en la paz del paisaje matinal. Le inspiraba repulsión.

—Poco más adelante —continuó Andrés— el camalote va a ser deshecho. Lo mismo que el agua marrón del riacho que lo arrastra, también esa agua espesa la va a deshacer la corriente. La corriente no la ves, está siempre escondida, pero es más fuerte que todo, nada se le resiste. En este riacho está muriéndose el Paraná y todo el delta va a morir en el río de la Plata.

Víctor vio alejarse el camalote. Ahora que sabía de su mortalidad cercana, ya no lo veía como algo temible, monstruoso. La voz de Andrés, de pie a su lado, parecía llegarle de otro espacio, tal vez de otro tiempo. Sus palabras lo tranquilizaban y al mismo tiempo lo inquietaban.

—El camalote necesita toda esa agua sucia, la de arroyos y canales, para formarse. Y la corriente que va mordiendo las orillas. En la corriente se mezclan tierra, vegetación y algunas serpientes.

Hizo una pausa. Se quedaron mirando cómo el camalote desaparecía en la distancia, borrado por una curva del río. El paisaje, imperturbable, había recuperado su belleza plácida ante los ojos de Víctor, ninguna inquietud había dejado a su paso la visión del camalote.

—Es una forma de vida, pibe... —comentó Andrés—. Como el hormigueo de gusanos en un cadáver en descomposición.

En la memoria de Víctor la visión del camalote y las palabras de Andrés iban a ocupar más lugar que la navegación hasta el Paraná de las Palmas, que la exploración a pie de la isla donde pasaron dos noches. De ese paseo exigente para el que no estaba preparado, la impresión más vívida que iba a conservar fue la del momento en que, paralizado, vio salir de los yuyos una serpiente que se detuvo a sus pies. Parecía estudiarlo. Es inofensiva, dictaminó Andrés. Pero los minúsculos ojos brillantes se habían fijado en los de Víctor y dejaron impresa su imagen. Varias décadas más tarde, el escritor no necesita cerrar los ojos para volver a verla.

Hoy se pregunta qué podía pensar la gente que se cruzaba con esos personajes tan separados por la edad y por algo que no sabía nombrar pero le resultaba inmediatamente perceptible: el abismo social entre un adolescente a quien un par de *jeans*, una remera y el pelo prolijamente despeinado no lograban borrar las huellas de pertenencia a una familia de obstinada clase media, tan impermeable a la vocación del hijo como a toda excentricidad de conducta, y ese hombre, la distancia vivida hoy permite al escritor darle unos cuarenta años; un hombre cuya minuciosa decencia en el vestir no logra disimular una mirada que ha visto más de lo que quiere recordar, surcos de carácter grabados en el rostro por alguna experiencia inconfesa. En un andar ágil, acaso deportivo, en un porte seguro, apenas desafiante, latía una virilidad no amansada por horarios cotidianos ante el escritorio de una oficina.

Se pregunta sobre todo qué sintió aquel adolescente ante un personaje para él inédito. Más allá del halago de sentirse escuchado, más allá del descubrimiento de su propia capacidad de seducción (para la que no se le hubiese ocurrido esa palabra) y del provecho material que de ella podía

obtener (que no concebía como una forma embrionaria, aunque no del todo inocente, de prostitución), el escritor se pregunta si Víctor intuía el turbio, oscuro erotismo que iba estrechando su relación con Andrés. Cree que sí, que el chico lo percibía como un elemento de peligro al que tampoco sabía dar nombre, un peligro cuya intensidad estaba alimentada por la ausencia de todo contacto físico con el amigo.

Durante la última noche pasada en la hostería de Tigre, se había despertado y en la luna del armario frente a su cama vio reflejado el rostro de Andrés, despierto en la cama vecina, los ojos muy abiertos fijos en él. Se quedó mirando esa mirada en el espejo durante un tiempo que le pareció muy largo, ligados los dos por algo inmóvil, mudo, impalpable, hasta que el sueño volvió y horas más tarde se despertó en la claridad de la mañana, ya conjurados los riesgos de la noche.

OceanofPDF.com

El chico que una calurosa noche de noviembre tomó en la estación Retiro el tren de las 23:14 en dirección a Tigre lo hizo a último momento.

Había despedido a un hombre que por su edad hubiese podido ser su padre, aunque algo en el trato, en gestos y saludos intercambiados no correspondía a ese parentesco. El hombre subió al tren, el chico se alejó por el andén rumbo a la salida hasta que, con un movimiento súbito, subió él también a dos vagones de distancia del que el hombre había elegido.

Al llegar a la estación San Fernando el hombre bajó, el chico esperó a que se alejase para bajar él también y dirigirse en la misma dirección. Lo siguió por calles arboladas, apenas iluminadas por lámparas vacilantes encubiertas por el follaje, manteniendo una distancia prudente pero no regular, ya que por momentos se escondía detrás del tronco de un árbol esperando que el paso del hombre retomase el ritmo un instante interrumpido. A unas cuatro cuerdas de la estación lo vio detenerse ante una casa de dos pisos y tocar el timbre. Una sombra indistinta abrió la puerta. El hombre entró.

El chico esperó unos minutos antes de acercarse. En una placa metálica fijada a un lado de la puerta leyó: LOS PLÁTANOS - PENSIÓN FAMILIAR. El edificio le pareció curioso, era humilde pero no desdeñaba algunas efusiones ornamentales sobre puerta y ventanas; un pequeño jardín, una higuera ponían una pequeña distancia con la calle.

Aquella noche de noviembre, el silencio estaba poblado por el rumor de infatigables grillos machos que convocaban a sus hembras. Sin saber muy bien qué esperaba, el chico se quedó unos minutos ante la casa. Ninguna de las ventanas que daban a la calle se iluminó. Nadie pasaba por allí. Finalmente, cuando el calor se hizo más opresivo y un trueno anunció la

tormenta que lo aliviaría, rehízo el camino que lo llevó a la estación. Tomó el primer tren pero no bajó en Retiro sino en Belgrano. Esperó bajo la lluvia el colectivo, ya no un taxi, que lo devolvería a Colegiales, a la indeseada protección de la casa paterna.

(Medio siglo más tarde, el escritor se deja llevar por un impulso casi morboso, del que toda nostalgia está ausente, y busca esa calle, esa casa. Comprueba que nada excepcional la distinguía. Como tantas otras construidas hacia 1920, debió de ser en su origen una casa de familia, ya rebajada, décadas más tarde, a una condición servil por los descalabros de la economía y la política. Quién sabe, piensa, tal vez en aquel final de los años cincuenta del siglo pasado aún resistieran, refugiados en un piso alto, los dueños originales... A principios de un nuevo milenio, la casa, pintada de colores estridentes, anuncia los servicios de un salón de masajes).

OceanofPDF.com

Cecilia los vio una tarde en una casa de música de la avenida Cabildo.

Víctor dudaba entre varios LP. Andrés, desinteresado de esas músicas que no eran lo suyo, esperaba junto a la caja con la mirada indulgente y divertida que solía lucir en los momentos, cada vez más frecuentes, en que su joven amigo fingía timidez antes de aceptar un regalo. Cecilia oyó que Andrés lo invitaba a llevar los seis u ocho entre los que no se decidía; no se acercó a ellos pero oyó las palabras de Andrés y lo vio pagar. Su curiosidad no pasó inadvertida.

—Allí hay una chica que se interesa en nosotros. ¿Será esa prima de la que me hablaste?

Víctor iba a recordar esa mirada de Andrés, lateral pero incisiva, una mirada solo en apariencia distraída, que en realidad era, años más tarde lo iba a comprender, la de alguien siempre alerta, adiestrado para eludir a quien pareciera seguirlo, para registrar y archivar el rostro de un desconocido.

Cuando miró en la dirección señalada, Cecilia ya salía y lo saludó con una sonrisa y una mano en alto.

Pocos días antes, Víctor había terminado por contarle a su amigo, sin mucho detalle, de esas tardes de domingo en casa de su prima, confidencias recibidas con satisfacción casi paternal.

—Qué bueno... —había opinado Andrés—, pero se me ocurre que te vendría bien conocer a una mujer, no digo a una veterana pero sí a una mujer con experiencia. Estas chicas jóvenes pueden dejarse pero no se ponen al servicio del hombre. Y esto es lo que me gustaría regalarte.

El regalo llegó pocos días más tarde, en un departamento de la calle Reconquista.

Algunas instantáneas discontinuas, conservadas entre descartes de aplomo fingido y ansiedad disimulada: el perfume que impregnaba las dos exiguas habitaciones, varillas de incienso que ardían insertadas en el lomo de un pequeño elefante de metal, la mujer que dijo llamarse Anahí y vestía una bata, Andrés la llamó kimono, con estampado de dragones y flores exóticas, los pechos menos firmes que abundantes asomando por esa bata apenas entreabierta, el licor empalagoso al que la mujer convidó y Víctor desechó después del primer sorbo, Andrés echándose en un diván con la desenvoltura de un visitante frecuente, eligiendo una revista de las apiladas sobre una mesa baja, sin prestar atención al televisor donde un conjunto folklórico pateaba un malambo en blanco y negro.

Anahí tomó a Víctor de la mano y sin una palabra lo llevó al dormitorio. Él no tuvo que desvestirse. Entre besos y caricias, lentamente, ella fue quitándole la camisa, bajándole los pantalones, mientras su boca recorría cada centímetro de piel que iba descubriendo. Cuando le quitó el calzoncillo, sopló suavemente sobre el vello que rodeaba el sexo ya despierto y pasó a descubrirle un placer que él no había conocido con Cecilia. Labios y lengua ejecutaban variaciones nuevas para el cuerpo de Víctor, y cuando Anahí lo atrajo al lecho poniéndose boca abajo fue para enseñarle una nueva posibilidad de explorar el cuerpo de una mujer. De la habitación vecina, acallado ya el fragor del malambo, llegaban los acentos plañideros de una vidalita; en el recuerdo del escritor iban a quedar asociados a ese momento.

Se despertó solo en la cama, en la piel un rastro persistente del perfume de Anahí. Pasó al baño, se lavó, se echó abundante agua fría sobre la cara, se miró en el espejo buscando algún cambio, algún signo de la experiencia nueva. No lo encontró. Si con Cecilia la relación sexual adquiría el carácter higiénico de un ejercicio gimnástico, con Anahí Víctor había dado los primeros pasos en un repertorio de variaciones que, por el momento, aún no desgastadas por la práctica, prometían ser inagotables.

Cuando se reunió con Andrés y Anahí, vio que su amigo dejaba sobre la mesa baja tres sobres minúsculos, delgados, y murmuraba algo así como que la deuda estaba saldada. Y que algo de crédito le quedaba, añadió sonriente. Anahí, sin comentarios, se dirigió a Víctor.

—Un gusto conocerlo, joven. Ya tiene la dirección, pase cuando quiera. Y no se preocupe, invita el amigo.

Al salir, los amigos caminaron unas cuadras en silencio. Se sentían muy cerca uno del otro, hermanados sin necesidad de palabras. A lo lejos, desde el otro lado de Alem, les llegó el interminable jadeo de la sirena de un barco, la promesa de algo lejano. Era el mes de noviembre, cuando en Buenos Aires los días se alargan y una elusiva claridad no se borra del cielo a esas ocho que ya no son de la tarde y aún no son de la noche.

Víctor anunció que tenía hambre y Andrés no se hizo esperar para invitarlo a una parrilla del bajo. Comieron en silencio, intercambiando cada tanto una sonrisa cómplice.

Víctor se había habituado rápidamente a la generosidad del amigo, a sus invitaciones, a sus regalos, respuestas siempre a deseos que él había aprendido a deslizar con astucia casi espontánea. No sabía si Andrés veía a través de esa táctica, pero en los ojos, en la expresión del amigo, solo hallaba un humor desprovisto de toda censura, y si asomaba un rastro de ironía era la de un adulto que reconoce sonriente el cálculo ingenuo de un niño. Esa noche fue la ocasión de preguntar, con tono que se quería distraído, si Andrés conocía Mar del Plata; los padres de Víctor repetían anualmente las vacaciones en las sierras de Córdoba, sordos a los pedidos del hijo, impaciente por conocer el mar, la playa, las diversiones preferidas por los compañeros de colegio. La respuesta no tardó.

—Déjame que arregle unos asuntos pendientes y te llevo a pasar un fin de semana, si no más, a Mar del Plata.

Los padres de Víctor empezaron a notar esos cambios que hasta poco antes habían preferido ignorar. El hijo cenaba cada vez menos en familia, las pocas veces que hablaba emitía opiniones con una seguridad que no le conocían, y cuando no estaba de acuerdo con ellos, ya no bajaba los ojos y guardaba silencio, sino que les concedía un sí a ustedes les parece, acompañado por una mirada casi irónica. Se está haciendo hombre, opinaba el padre; no sé quién se cree que es, comentaba la madre.

Una mañana Víctor llegó al desayuno en *jeans*. El padre no lo notó inmediatamente, fue la madre quien atacó primero.

—¿Y eso? ¿Desde cuándo te comprás ropa por tu cuenta? ¿Con qué plata?

Víctor tenía preparada una respuesta. Dijo que se los había pasado un compañero del colegio, el gordo Núñez, a quien le habían quedado chicos en la etapa más reciente de su irrefrenable ascenso a la obesidad. Y cuando el padre preguntó si en el colegio, en el Colegio Nacional Buenos Aires precisaba con ingenuo orgullo de que su hijo hubiese sido admitido en esa institución, aceptaban «ropa de fajina», contestó que ese día no pisaría el colegio: iría a La Plata, parte del grupo de estudiantes invitados a conocer el Museo de Ciencias Naturales. Quiero ver las osamentas de los dinosaurios patagónicos, añadió, e inmediatamente se arrepintió al ver en la mirada del padre que sus palabras fueron recibidas como alusión a una diferencia de edad que solo a un adolescente podía parecerle decisiva.

Qué insignificantes esos retazos de un pasado difícil de concebir a principios del siglo XXI... Ni siquiera me interesan como notas al pie de página en una crónica de costumbres e ideología, aunque ese pasado sea el mío, piensa el escritor, oscuramente satisfecho de que a su alrededor

circulen jóvenes que no han pedido autorización a sus padres para incrustarse *piercings* ni para teñirse el pelo de colores sintéticos.

En aquellos años anteriores al teléfono celular, Víctor había tenido la prudencia de no confiarle a Andrés el número de teléfono de su casa, y el amigo, sin explicaciones, le había indicado que recibía y dejaba mensajes en el café de la esquina de Álvarez Thomas y Federico Lacroze. Ese café había conservado una reliquia: el palco, ya vacante, donde ¿hasta qué fecha? una vespertina «orquesta de señoritas» había ofrecido en versión melódica un repertorio de vales y tangos. Una fotografía desteñida, silencioso testimonio, las mostraba aplicadas a violines y piano vertical, inmersas en tules y vestidos largos, ya lejanas de toda posible juventud.

Allí había entrevisto una tarde a Andrés, desganadamente inclinado sobre una mesa de billar. No entró a saludarlo ni se detuvo al pasar, pero desde la vereda de enfrente se quedó observándolo un buen rato, sin poder ver el resultado de su juego, como si al espiarlo pudiese descubrir algún aspecto desconocido del personaje, algún indicio de todo lo que este había escamoteado. La mañana de la mentida excursión a La Plata, lo encontró marcando con una cruz en su ejemplar de *La fija* el nombre de los caballos más prometedores para las carreras del hipódromo de Palermo.

—Termino de estudiar esto y salimos. Mientras esperás, pedite lo que quieras.

Víctor no sabía qué planes tenía Andrés pero estaba seguro de que lo iba a sorprender, como siempre, con un destino imprevisto, para él desconocido. No sabía que esta vez sería menos un destino que una experiencia muy particular lo que le tenía preparado. El escenario fue una pequeña playa entre Olivos y San Isidro, un recodo de la costa fluvial al norte de la ciudad. Lejos del bienestar opulento o decoroso de esos suburbios residenciales, a orillas de las aguas nada límpidas del Plata, Víctor descubrió una franja mezquina de arena; la cubrían cuerpos untados con sustancias bronceadoras cuyo brillo se confundía con el de la transpiración estival. Un quiosco dispensaba gaseosas, sándwiches envasados, y difundía *Addormentarmi così* en la voz de Teddy Reno.

—Esto es una mugre, pibe, pero nos vamos a divertir.

El plan de Andrés despertó en Víctor un reparo menos moral que prudente. Consistía en exhibir su cuerpo adolescente en un *slip* muy ajustado con el fin de atraer las miradas de un público masculino especializado. Después de intercambiar miradas de asentimiento con algún interesado, Víctor iría a una de las cabinas que oficiaban de baño, ubicadas a mitad de camino entre la playa y el estacionamiento. El hombre aprobado lo seguiría. Una vez cerrada la puerta, antes de que las cosas «pasaran a más», Andrés la iba a abrir de un empujón, inmovilizaría al incauto con una llave al cuello y, mostrándole un documento verosímil, invocaría su condición de policía para amenazarlo con una denuncia por «corrupción de menores».

Víctor no dejó de reconocer lo sórdido de esa propuesta que Andrés presentaba como diversión, pero una vez más el espejismo novelesco, lo que aún no sabía que autores franceses habían llamado «nostalgia del fango», lo atrajo con la promesa de una experiencia peligrosa: emociones fuertes, vedadas, inaccesibles para el alumno que sacaba buenas notas en el Colegio Nacional Buenos Aires. Sentía que estaba por explorar los márgenes de algo oscuro, un territorio hasta ese momento apenas vislumbrado, acaso solo entre las líneas de alguna novela de William Irish.

Lo que el amigo no le había anunciado era que una vez maniatada la víctima, le exigiría una suma de dinero. Inerme, el hombre aceptó el trato; seguido por Andrés, fue a buscar entre su ropa pero no llegó a entregar la cantidad pedida: Andrés se le adelantó, le arrancó la billetera y partió con paso estudiadamente sereno a reunirse con Víctor, ya vestido, en la parada del ómnibus.

—No sabía que eras policía...

—¿De dónde sacás que soy cana?

—¿Y ese documento que le mostraste al hombre?

—Un carnet del Club Atlético Vélez Sarsfield... Un puto asustado no mira, está cagado en las patas, lo único que quiere es que no haya escándalo.

—Mirá si se resistía... ¿Y si era policía él mismo, o conocía a alguien de la policía?

—Te falta tomar mucha sopa, pibe. Tengo olfato. Sé reconocer a una marica de barrio, tipos como ese yiran en los baños de una estación de tren, o en las últimas filas del cine Mundial o del Real.

—Esos cines... ¿Qué pasa en esos cines?

—No te interesa. Es otro mundo, no te asomes, ni siquiera de visita. Tenelo claro: lo de hoy no lo hice por la plata, lo hice para divertirte.

—Cuando lo agarraste del cogote tuve miedo.

—¿Y antes no? Mirá si yo tardaba en llegar y él ya te metía mano. ¿Eh? ¿Qué pasaba?

—Me defendía...

—«Usted me confunde...». No me hagás reír. Un poco tarde para eso...

—Pero te tuve confianza. Sabía que no me ibas a fallar.

—Nunca te voy a fallar. Estamos entre machos.

—¿Hiciste muchas veces cosas como esta?

—Muchas veces... Qué es muchas veces, cuántas... Vos no sabés de dónde vengo yo, pibe, y no tengo por qué contarte. Tuve épocas malas y tuve épocas buenas. Como todo el mundo. Hoy por hoy la plata no falta y lo estamos pasando bien.

—Tenés razón, no sé de dónde venís. No sé quién sos.

—Soy tu amigo, con eso basta. Aquí estoy. Con vos.

OceanofPDF.com

Años más tarde se acostumbró, como a un rito, a esperar el solsticio de verano, esa noche, la más breve del año, que en el hemisferio sur es la del 20 al 21 de diciembre. Más que la noche en sí, le gustaba ver desvanecerse la última luz del día, que resistía hasta pasadas las nueve, y ver asomar la primera; más de una vez iría a contemplarla en la costanera, asomado a las aguas turbias, remolonas del Plata, sobre las cuales surgía hacia las cinco el círculo rojo de un sol madrugador.

Una de esas noches cálidas de diciembre, sentado en un bar del bajo a corta distancia de Andrés y un hombre que más tarde llamarían teniente, se esforzaba por seguir disimuladamente su conversación a media voz.

—El decreto ya está aprobado, falta implementarlo. Y el Ejecutivo anda con vueltas. Como siempre. Primero se anima a pedir mano dura, se da cuenta de que es necesaria, y después le da miedo ponerla en acción.

—¿Y? ¿Para cuándo?

—Dicen que va a esperar, no se sabe, un año, si no más... Mientras tanto, la subversión se instala.

Desde una mesa vecina, Víctor los escuchaba con la mirada fija en un ejemplar de *Mundo Argentino* donde reseñaban puntualmente los films europeos que Cecilia lo invitaba a ver, espectadores clandestinos en el piso superior de un cine de la avenida Cabildo. Se suponía que no escuchaba, estaba claro que no debía enterarse del tema conversado, que de todos modos le resultaba impenetrable. Entendía, sin embargo, que el interés de Andrés era marginal, necesitaba ¿por qué?, ¿para qué? algunas informaciones, más bien orientaciones, y era evidente que su interlocutor las retaceaba, o tal vez no las dominara y procurase dar la impresión de estar en plena posesión del tema.

Y al mismo tiempo que su atención se dividía entre un resumen prometedor de la trama de *Ascensor para el cadalso* y los rodeos y alusiones que le llegaban de la mesa vecina, se sentía halagado de que Andrés le permitiese espiar, callado pero presente a tan corta distancia, una escena de esa otra trama para él vedada, de la que nada dejaba transparentar el amigo durante las horas en que se veían.

Años más tarde, el escritor revisará las fechas y leerá sobre un plan llamado Conintes, siglas que abreviaban Conmoción Interna del Estado; como anticipara el diálogo escuchado subrepticamente, recordado con la precisión de todo lo que promete un sentido oculto, solo iba a ponerse en acción casi dos años después de promulgado. Pero esa noche, en un bar de Paseo Colón a pocas cuadras del Ministerio de Guerra, su desinterés por una confusa realidad, social, política, no traducida en literatura, le impedía asociar tantos nombres de sindicalistas, dirigentes estudiantiles y políticos caducos que le hubiesen anunciado un paisaje de juicios sumarios por tribunales militares, de torturas, borrador de un régimen por instalarse veinte años más tarde. Tácticas y estrategias del poder, ya encubiertas, ya demasiado visibles para quien se animara a verlas, iban a entrar en su campo de atención, más allá de la lectura, aún no abordada aquella noche, de Conrad y Turguénev, cuando, ya imposibles de ignorar, arrasaran el entorno de su vida cotidiana.

Más interesante le resultaron gestos captados sin mover la cabeza, desviando apenas la mirada: Andrés y su informante intercambiaron simultáneamente sobres que introdujeron sin una palabra cada uno en el bolsillo del otro.

—Los muchachos se van a poner contentos —sonrió el oficial, mientras se ponía de pie. Víctor observó que había guardado los pantalones del uniforme a pesar de haber elegido mostrarse en camisa, corbata y saco de civil.

—Que lo disfruten —rubricó Andrés.

Apenas quedaron solos, cambió el tono, no solo el volumen de la voz del amigo.

—Busquemos otro decorado, pibe. Este lugar apesta. El teniente estaba de guardia esta noche y no quería alejarse del Ministerio, de otro modo no

te hubiese traído aquí.

La velada continuó en La Boca, en una de esas cantinas de las que Víctor solo había oído hablar, comederos ruidosos ajenos a la noción de decoro cultivada por sus padres. Alguien cantaba un tango, se bebía cerveza en botellas de litro, guirnaldas de papel animaban con colores vivos un cielorraso descascarado. En medio de esa animación para él inédita se animó a preguntarle a Andrés por el tema de la conversación que no debió haber escuchado.

—Olvidate, pibe —Andrés escupía las palabras casi con rabia, pero sin levantar la voz—. Este país no tiene arreglo. Lo bueno dura poco, lo malo siempre vuelve con nombres distintos. Es mejor andar precavido. Pero no te amargues con la política, vos vas a salir a flote, estudiás, vas a tener una carrera, quién sabe, a lo mejor llegás a ser un escritor famoso, respetado. Yo en cambio soy un tipo que está de paso, siempre lo estuve y voy a estar. Andá a saber dónde me toca caer mañana. Vos, si te llega a salpicar la basura, vas a poder quitártela de encima con un sacudón de hombros. A mí la basura se me pega, me marca, si no me cuido me aplasta.

Después de ese arrebató, Andrés se hundió en el silencio, la mirada ausente, tal vez fija en el fondo de su memoria. Solo volvió a hablar cuando un estallido de música lo hizo mirar a un grupo que se ponía de pie para intentar una tarantela. De sus hombros colgaban serpentinas, lucían sombreros y narices falsas de cartón pintado.

—Y ahora mirá un poco todo este mundo que nos rodea. Seguro que no lo conocías. Se divierten con poco.

Y era cierto que Víctor descubría un mundo, una alegría estentórea, campechana, y le hubiese gustado participar de ella. Pero iba a tener que esperar muchos años para quitarse de encima no la basura política de la que había hablado Andrés, sino la coraza de timidez que le había impuesto su educación. Y cuando esos años llegaron, el escritor iba a sonreír al recordar aquella noche tan populosa y vocinglera: había estado a pocas cuerdas de los ocultos, sin duda silenciosos, mortecinos fumaderos de opio, si es que habían existido en años aún anteriores a él, también a Andrés, leyenda que había inquietado su imaginación de adolescente.

Tuvo ganas de no ver a Andrés por un tiempo. Una mezcla de aprensión e incertidumbre, una desconfianza inesperada hacia su propio deseo de experiencias desconocidas, de mero riesgo, una sensación confusa de perder pie y querer perderlo y temer perderlo... Por primera vez, Víctor tomó conciencia de que no entendía sus sentimientos, que no podía entenderlos a partir de los libros que había leído, que se le escapaban cuando intentaba pensarlos con claridad. Por primera vez se sintió frágil, ya no inseguro, y sintió vergüenza de esa fragilidad.

Las vacaciones de verano le ofrecieron una excusa. Acompañaría como siempre a sus padres a las sierras de Córdoba, y aunque le había confesado a Andrés cuánto le aburrían ese paisaje y sus modestas distracciones, ahora invocó la imposibilidad de independizarse de la obligación familiar.

Algo no dicho debió de percibir el amigo porque en su mirada irónica, Víctor leyó desconfianza, incredulidad.

—Vas a cumplir quince dentro de unos meses. Cada vez te falta menos para poder decirles que tenés otros planes y hacer lo que se te dé la gana en las vacaciones.

En La Cumbre intentó sin éxito dar un paseo a caballo por las sierras, montando una yegua que rehusaba obedecer sus indicaciones, sin duda torpes, y no se desviaba del camino que ella prefería. Con los pies en el agua de un arroyo poco profundo, se entretuvo desprendiendo la mica de las piedras que asomaban a la superficie y fracasó al querer impedir que se quebrara cuando sus dedos querían apresarla. Todas las tardes, sentado en el parque que rodeaba al hotel, procuraba ignorar el griterío de niños que se disputaban las hamacas tanto como la mirada desconfiada de adultos que preferían las bochas; aislado a corta distancia de ellos, llenaba una o dos

páginas de un cuaderno; a la mañana siguiente, después de leerlas, las arrancaba y rompía con saña en pedazos cada vez más pequeños, como para hacer imposible que alguien, si los hallara, reconstruyese ese texto tan inferior a su ambición.

Recordó algo leído, que primero hay que vivir para acumular experiencias y poder luego contarlas. Pero de lo vivido hasta ese momento, solo la relación con Andrés le parecía interesante, rica en materia de ficción, y no se le ocurría cómo contar una experiencia cuyo sentido se le escapaba, o cómo contar a partir de esa incompreensión. De lo único que estaba seguro era de su deseo de ser un escritor.

El mismo día en que volvió a Buenos Aires dejó un mensaje en el café que Andrés frecuentaba. Al día siguiente no había recibido respuesta. Preguntó si el mensaje había sido entregado y le respondieron que Andrés lo había recogido en la noche del día anterior. Pasó otro día sin noticias. Huérfano de la educación sentimental que le hubiese permitido reconocer en ese silencio una estrategia tradicional de la seducción, decidió instalarse en el café hasta provocar el encuentro.

Las horas de espera le permitieron observar personajes y conductas que nunca le habían interesado. No eran los clientes apurados de la vieja china en el café sombrío de la bajada de Corrientes, empleados de bancos o compañías de seguros, fugaces siluetas sin rasgos que las distinguieran, marcadas todas por el resentimiento y la sumisión cotidianos. Aquí ese ritmo no existía. En un espacio de claridad espectral gracias a los tubos de neón, nadie parecía impaciente por beber su café o su alcohol, y partir apenas pagados. Solo los jugadores de billar, tampoco ajenos a cierto sonambulismo, desplegaban una actividad, concentraban la atención, esa atención vacante en los demás. En varios rostros, Víctor detectó un abandono que no era el de la espera, tampoco una entrega al paso del tiempo que es necesario poblar de algún modo. Era, intuyó, un abandono de sí mismos, como si esos cuerpos, reducidos a una serie mínima de reflejos, hubiesen sido alguna vez personas, y sobreviviesen mantenidos en una forma subalterna de vida. Y a esa existencia degradada él había renunciado instintivamente, sin haber tomado la decisión de hacerlo.

Sacó la libreta de notas que siempre llevaba en el bolsillo con la esperanza de cruzarse con alguna silueta, con alguna situación que mereciera, algún día, transformarla en literatura. Pero no escribió. En algún momento entendió que para realizar su ambición de escribir debía enfrentar un desafío no previsto: narrar no ya una acción, no buscar alguna aventura ajena a su vida cotidiana, sino poner en palabras esa ausencia que acababa de descubrir y parecía impermeable a toda ficción. Debía intentar escribir esa muerte en vida.

Se fue haciendo tarde, algunos rostros fueron reemplazados por otros, indistinguibles. No llegó ningún mensaje de Andrés. Víctor contó el dinero que tenía en el bolsillo: no alcanzaba para pagar otra gaseosa. Se resignó a volver a casa.

OceanofPDF.com

Las clases habían terminado antes de fin de noviembre, Víctor ya no podía esperar que algún mediodía, a la hora de la salida del colegio, apareciese Andrés esperándolo en la vereda de enfrente de la calle Bolívar. Una semana antes de Navidad había vuelto a Buenos Aires de unas monótonas vacaciones con sus padres. Apenas entendió que Andrés lo quería castigar con su ausencia, decidió buscarlo. Aún no sabía llamar amor propio herido al confuso sentimiento que lo acosaba; tampoco podía admitir la posibilidad de que Andrés hubiese dado por clausurada la relación; aún no pensaba en buscar una oportunidad de herir a su amigo como él estaba herido.

Decidió recurrir a Anahí. No le costó identificar el edificio de la calle Reconquista, solo vaciló cuando intentó recordar piso y departamento. Confió en un recuerdo impreciso y solo empezó a dudar cuando nadie respondió a los timbres reiterados. ¿Se atrevería a preguntarle al portero por una «señorita Anahí», cuyo apellido ignoraba? Había vuelto a la vereda sin decidirse cuando la reconoció en una mujer menos joven que la imagen guardada; se acercaba con paso cansado y cargaba una bolsa de supermercado.

Ella lo saludó con una sonrisa apagada.

—Ay, querido, no me mires demasiado. No esperaba a nadie, estoy tan desarreglada.

Víctor balbuceó un saludo y unas palabras amables, de ningún modo, está linda como cuando la conocí, disculpe que pase sin avisar pero no tengo su número de teléfono, mientras registraba las ojeras que rubricaban ojos ya no realzados por trazos negros de maquillaje, mejillas hundidas en una piel terrosa que él recordaba cobriza, y en el pelo raíces blancas asomando entre restos de tintura rojiza. El departamento mismo no

correspondió a su recuerdo. Primera infidelidad: el perfume exótico del incienso había desaparecido, desplazado, tal vez encubierto, por el demasiado familiar de un puchero guardado sobre una hornalla de la kitchenette.

Hacía semanas que Anahí no veía a Andrés, pero su ausencia no la inquietaba.

—No es de venir a menudo. Es un tiro al aire. Nunca se sabe bien en qué anda, hay épocas en que necesita borrarse, no aparece «por los lugares que solía frecuentar», como dicen las noticias policiales en los diarios, y un buen día reaparece, contento, con plata, e invita a festejar, nunca dice qué es lo que festeja, y una no pregunta, claro. ¿Hace mucho que te adoptó?

La pregunta sorprendió a Víctor. Sonrió automáticamente, como siempre que no sabía cómo reaccionar, y decidió entenderla en sentido metafórico. Improvisó una novela familiar, falsa en los detalles, veraz en el sentimiento: era huérfano, vivía con parientes que no lo querían, que no tomaban en serio su vocación literaria, había conocido a Andrés en una librería, entablaron conversación y desde entonces lo veía regularmente. Sí, se había convertido en algo así como un tutor.

—Andrés en una librería... Me dejás pasmada. Pero sé tan poco de él... Es como un iceberg ¿no? Nueve décimos bajo el agua...

Sin que Víctor se lo pidiera, Anahí se embarcó en reminiscencias de las que Andrés no siempre era el centro: su llegada a la capital desde Tucumán, después de haber salido tercera en la elección de Reina de la Zafra, la protección de Andrés en tiempos en que él tenía contactos con gente influyente, cuando ella trabajaba en el Chanteclair, no ya en el Cielo de California ni en el Derby —como camarera, creyó necesario aclarar—, hasta que un día, gracias a Andrés, subrayó, logró independizarse, un departamentito propio sin horarios ni patrón. A Víctor una cosa le quedó claro: el protector se había ganado la gratitud inamovible de Anahí.

Estaban sentados lado a lado en un diván. En medio de un silencio, Anahí le tomó una mano, acercó su rostro al de Víctor. Debió de sentir la reticencia del visitante y prefirió no reconocer una ausencia de deseo; protegió los restos de su orgullo interpretando esa falta en clave económica.

—No te hagas problemas, querido. Invita el amigo.

Víctor, que tanto había fantaseado con el fumadero de opio de la Isla Maciel, y le había prestado algunas imágenes, siluetas descarnadas de chinos sin edad, echados sobre jergones superpuestos en travesaños de madera, ilustraciones más bien truculentas descubiertas en un número de 1921 de *Caras y Caretas* comprado en los puestos de libreros de viejo detrás del Cabildo, no entendió que iba a asomarse a un espacio menos sórdido, pero cuyo potencial novelesco, bajo un pretexto higiénico, solo iba a reconocer al recordarlo años más tarde: el Gimnasio y Baños Delfos de la calle Arenales.

Anahí le había sugerido, no del todo segura de que hacía bien en comunicar esa pista, que preguntara por Andrés al morocho Sosa. Era, le dijo, un boxeador retirado que había tenido problemas, no especificó cuáles, y ahora distribuía las batas y toallas a los clientes del baño de vapor que funcionaba en los pisos superiores del gimnasio. Hace el horario nocturno a partir de las ocho, pero no subas, aconsejó como si acechara un peligro innominado, preguntá por él en la recepción y pedile que baje.

Sosa no pudo abandonar su puesto de servicio y recibió a Víctor en el séptimo piso, entre los vestuarios, las cabinas de reposo y un bar precario; las salas de vapor, el sauna y las duchas funcionaban un piso más arriba, en el último del edificio. Lo condujo inmediatamente a un pequeño depósito donde se acumulaban las entregas del lavadero, pilas de blanco entre cajas de jabones, lejos de la animación que llegaba desde un espacio invisible, vecino.

«El morocho» hacía honor a su sobrenombre y practicaba un recurso ingenuo para disimular la calvicie sobre su cráneo oliváceo: untaba la parte más árida de lo que había sido cuero cabelludo con pomada para zapatos,

cuyo color negro y brillo discreto podían engañar a la distancia aunque de cerca producían un efecto más bien macabro. Conservaba un físico fibroso no ablandado, apreciable bajo la ropa de gimnasia: el de un hombre más joven que los años delatados por una mandíbula vencida y una mirada opaca. Tomaba mate sin pausa, el termo y la yerba al alcance de la mano, y Víctor sintió que sería una falta de cortesía no aceptar la invitación a compartirlo.

También sintió la distancia que al principio Sosa puso en el trato. Procuró establecer su familiaridad con Andrés y le bastó mencionar el Union Bar y la hostería Tyrol para que «el morocho» depusiera buena parte de su desconfianza.

—No te miento si te digo que hace más de un año que no lo veo. En un tiempo me hizo un gran favor y yo no me quedé atrás para retribuirle. Esas cosas marcan, son más fuertes que la sangre. No sé cuánto sabés de Andrés, pero es un gran tipo que pasó por momentos muy duros y tuvo que cuidarse. Mirá quién habla, quién hubiera dicho que yo iba a terminar aquí... Del Luna Park al Delfos... Pero del pasado mejor no hablar. El baño de vapor está abierto toda la noche y no pide documentos, como un hotel, a los pasajeros. Por eso alguna gente que no puede o no quiere registrarse en un hotel viene a quedarse a dormir en las cabinas.

Los interrumpió un individuo muy alto y robusto, cuya bata entreabierta permitía apreciar una abundante pilosidad encrespada. Con voz incongruente, casi infantil, le pidió a Sosa que le guardara unos anillos y un reloj, no quería dejarlos en la cabina mientras estuviese en el cuarto de vapor. Iba a partir cuando recordó algo y, con un gesto teatral de alarma inmediatamente transformado en sonrisa pícara, agregó a esos objetos las pestañas postizas que con mucha lentitud y precaución se quitó. Antes de salir le echó una mirada curiosa a Víctor, pero no lo saludó ni se demoró.

—Así es —continuó «el morocho», mientras guardaba en un cajón con llave los bienes confiados—. Me tienen confianza. Por si no estás enterado, la mayor parte de los clientes de un lugar como este no se interesan por las mujeres. Y los excita pensar que, por ahí, alguno de esos hombres que son de la otra orilla, que buscan solamente donde pasar la noche sin declararse, podría, nunca se sabe, relajado por el vapor y sin tener que buscarlo, aceptar

algún servicio especial. Como decía Parra, una vez no deja huella... No voy a entrar en detalles. En una época en que Andrés anduvo sin documentos venía a menudo a dormir aquí, y una noche le tuve que pedir que no volviera porque lo cagó a trompadas a uno de los mejores clientes de la casa, pobre, se le había metido en la cabina con expectativas equivocadas...

Hizo una pausa. Se concentró en el mate durante un minuto o dos antes de clausurar el tema.

—Andrés siempre tuvo problemas con esta gente, a mí no me van ni me vienen, aprendí a ser cortés para conservar este laburo de mierda, pero él siempre se fue a las manos cuando alguno se le acercó. Y pintón como era... Se me ocurre que a veces les llegó a tender un anzuelo para tener ocasión, si picaban, de descargar toda esa furia que lleva adentro.

El escritor que exhuma el personaje de Sosa, su cara y su voz desdibujadas por la distancia, y acaso lo construye a partir de retazos de otros, recuerda en cambio que no vio nada de lo que ocurría en esos pisos superiores, nada que le hubiese regalado una visión menos exótica de algo clandestino, menos en todo caso que el imaginado fumadero de opio de la Isla Maciel. Hoy se siente libre de imaginar los acoplamientos más o menos furtivos en la penumbra cómplice del vapor, consumados en la estrechez de las cabinas llamadas de reposo.

Años más tarde, un suelto de *La Razón sexta* le informó del asesinato de Dimos Karamanlis, el propietario del Delfos, a manos del profesor de natación del gimnasio, amante de su esposa. El cuerpo nunca apareció, pero un reloj pulsera de Karamanlis, suizo, costoso, sí apareció en la muñeca del nadador, que terminó por confesar: había ahogado al anciano y, ayudado por la viuda, había arrastrado el cuerpo hasta la azotea, desde donde lo había arrojado a una obra en construcción vecina; con puntería admirable, lo había embocado en una mezcladora de cemento.

De esa visita Víctor solo guardó unas notas que espesaban, tal vez enriquecían, el misterio de Andrés.

Finalmente, una de esas noches de enero en que el calor impide dormir hasta a los menos noctámbulos, vio a Andrés ante un billar del café donde varias veces lo había buscado sin éxito. En mangas de camisa, ensayando distintos ángulos para el taco hasta dar con el correcto según la posición de las bolas en el paño verde, entonaba bajito un tango: «Era / para mí la vida entera / como un sol de primavera / mi esperanza y mi ilusión...».

—¿Qué hacés, pibe? ¿Qué es de tu vida?

Víctor reunió toda su capacidad de dominio para fingir indiferencia y contestar en un tono liviano.

—Y vos, qué es de la tuya —preguntó, pero la voz le salió teatral y Andrés lo advirtió.

—Aquí me tenés, de vuelta del Paraguay. Tuve que ir por unos días que se hicieron semana entera. Me hubiese gustado mandarte una tarjeta postal, pero no tengo tu dirección, tampoco tu número de teléfono...

¿Cómo? ¿Acaso no dejábamos mensajes y los recibíamos en este café?, pensó Víctor, pero supo reprimir esa observación que no podía sino sonar a reproche. Haberla callado le procuró una forma de vanidad: gradualmente, de rasguño en desgarró, iba avanzando en su educación sentimental, aprendiendo qué sentimientos permitir que asomen, qué emociones convenía encubrir, cálculos que no siempre protegen de la pasión. Víctor se hubiese asustado si alguien se lo hubiera observado, si hubiera usado esas palabras para definir su conducta.

Después de otras frases sin mayor trascendencia, Andrés volvió a concentrarse en el juego. Víctor vio cómo lograba una carambola difícil y lo felicitó. Andrés le dirigió una sonrisa.

—Está bueno por hoy. Vení, vamos a divertirnos un poco.

No se sorprendió al ver que Andrés se dirigía hacia la calle: no lo iba a invitar, por supuesto, a quedarse en el café de barrio que solían frecuentar, una vez más elegía un destino no anunciado, sin duda desconocido para Víctor. Lo sorprendió, en cambio, verlo subir a un Mercedes y con soltura de automovilista poner el motor en marcha con una mano mientras con la otra le abría la puerta a Víctor.

—Es un favor que tuve que hacerle a un amigo, traerle el auto desde Asunción. Lo tengo por unos días, así que aprovechemos. Vamos a Mar del Plata, que tanto querías conocer. ¿Nunca estuviste en un casino? Vas a visitar lo mejor, vamos derecho al hotel Provincial y apenas lleguemos le pido una *suite* al director, me conoce del festival de cine del 54, cuando acompañé a más de una estrellita, qué tiempos, estuvo la Lollobrigida y el que te dije. Podremos entrar a las salas de nácar, las reservadas, donde se apuesta más fuerte, y tengo el teléfono de una chica muy bien que no se va a hacer rogar para traer a una amiga. Pero primero hacemos un desvío, quiero saludar a un amigo que está en la mala.

Arrastrado por el torbellino de palabras que se derramaban sin pausa ni tomar aliento, Víctor pensó vagamente que hubiese debido avisar a sus padres, con qué excusa no se le ocurría, ya era medianoche, Andrés y él llegarían a Mar del Plata a la mañana y, sin duda, no estaría de vuelta por la casa familiar durante dos días, tal vez tres. Era la primera vez que, sin las astutas explicaciones de su prima, los padres iban a enfrentarse con una ausencia injustificada. La inquietud cedió insensiblemente a una curiosidad casi perversa: ¿cómo reaccionarían?, ¿llamarían a la policía?, ¿inmediatamente?, ¿o esperarían unas horas, con la vaga esperanza de que fuese una broma, de mal gusto aclararía la madre? Acaso lo mejor fuera despertarlos en medio de la noche, llamarlos por teléfono sin darles posibilidad de preguntas ni de prohibición, con un simple, breve aviso, lleno de consideración filial. Hola, papá, voy a estar ausente durante unos pocos días...

Poco a poco, las luces de la ciudad fueron espaciándose, haciéndose menos festivas, como si no confiaran en vender la Navidad y el Año Nuevo a unos barrios sufridos. Y esos barrios que atravesaban, Víctor nunca los había visto, casas modestas que sobrevivían entre torres recientes, precarias

viviendas sociales alzadas en medio de algún descampado, con un carácter indisimulable de asilo o refugio, y, más allá, un largo muro encalado, interrumpido cada tanto por una puerta estrecha que permitía entrever en el baldío escondido todo un barrio de chozas de chapa y material sin revocar, y en la vereda alguna silueta inmóvil, expresiones adustas, desconfiadas, fantasmas sentados sobre un banquito de paja, mate en mano, buscando alivio para el bochorno del verano.

Cuando salieron de la ciudad, entraron en una noche sin alivio. Los pocos focos que cruzaban iluminaban carteles indicadores, Ingeniero Maschwitz, Del Viso, Manzanares; cuando llegaron a Pilar Andrés, se internó por un camino de tierra hasta detenerse, al lado de lo que parecía una carpa de circo abandonada, ante una casa modesta con luz en la ventana. Andrés bajó, Víctor lo siguió sin preguntar.

Le impresionó el hombre que los recibió: muy alto, macizo a pesar de sus años, vestido de gaucho, bombacha, botas camperas, rastra con monedas de plata, y hablando con acento extranjero. Pareció contento de ver a Andrés, sin comentar lo tardío de la hora, y fue a buscar una botella de barro, alta y delgada. Ginebra Bols, leyó Víctor en la etiqueta. Llenó tres pequeños vasos sin preguntarles si querían beber.

Mientras Andrés y el dueño de casa hablaban, Víctor se interesó en las fotografías enmarcadas que cubrían la pared. En ellas reconoció, mucho más joven, solo vestido con un taparrabos que imitaba la piel de leopardo, al gaucho que pronunciaba frases de lunfardo con acento pedregoso. Exhibía músculos y tórax dignos de un concurso. Esas imágenes declinaban un inventario de proezas del pasado: con un tablón de madera sobre el abdomen, el atleta sonreía bajo el paso de un camión; rompía en dos una guía de teléfonos sin más armas que sus manos; con un brazo extendido, impedía el despegue de un avión. Desde otros marcos desfilaban momentos muy distintos de su vida: sonreía, con traje y corbata, al lado de personajes desconocidos para Víctor; algunos, supuso, serían del mundo de la política por los prominentes abdomenes y las sonrisas cínicas, otros del mundo del espectáculo por la desenvoltura con que no disimulaban el cinismo de esas mismas sonrisas. Los nombres de todos ellos, abolidos pocos años atrás, no hubiesen despertado en Víctor siquiera un eco impreciso; habían firmado,

todos, las fotos dedicadas con palabras de amistad «para el benefactor de los humildes», cuyo nombre de pila, de origen inubicable, Víctor pudo deletrear como Zoltan.

Al despedirse, Andrés dejó un fajo de billetes en un estante donde, Víctor no pudo dejar de observar, no había libros. El hombre que tal vez se llamara Zoltan siguió ese gesto con mirada casi emocionada. Aunque no se detuvo en la ofrenda, cuando abrazó a Andrés lo estrechó con fuerza.

—Cuidado, viejo, que todavía tenés músculos. Me vas a romper las costillas.

Antes de salir, el dueño de casa le regaló a Víctor una medalla con su efigie. En torno al perfil, en letras que imitaban caracteres arcaicos, estaba grabado HERMANO MAYOR ZOLTAN TE BENDICE.

De vuelta en el camino, Andrés le contó a Víctor que ese atleta ganador de varias medallas, cuando su energía empezó a fallar y sus contactos con el poder menguaron, creó una obra social para los desocupados de la zona, sopa popular, medicina y asesoría legal gratis. Los aportes de algunos empresarios de su mismo origen, más que las ofrendas de los fieles, le permitieron ampliar sus actividades, vivir decentemente. En algún momento llegó a curar por la fe y se hizo fama de santón.

—Un gran tipo. Aunque no lo creas, judío. Creo que húngaro... Quería que lo conocieras, aunque solo fuera de paso. Un tipo así no lo vas a encontrar en tu ambiente. Y quién sabe, a lo mejor es de gente como él sobre la que algún día vas a querer escribir.

Pocos kilómetros más adelante, sin haber encontrado el entronque con la ruta a Mar del Plata, el automóvil se incrustó en un panel publicitario no iluminado.

Recuerda que no recuerda. ¿La voz de un médico, de un enfermero? Tenía los ojos cerrados, solo le llegaban sonidos y olores, una mezcla de desinfectante y antiséptico, el chirrido metálico de una camilla sobre las baldosas de un pasillo de hospital.

—Tuvo suerte... El chico tiene el mismo tipo de sangre... No hubo que esperar para la transfusión, con tanta sangre que había perdido...

Otra voz.

—Suerte sobre todo porque le va a venir bien sangre joven, de alguien sano. Ya antes de hacer los análisis te puedo decir que este tipo está bastante averiado. Y no hablo solo del alcohol...

Risas. Ninguna imagen.

Solo recuerda que abrió los ojos, ¿minutos?, ¿horas más tarde?, cuando Andrés lo sacudió y le habló en voz baja.

—Tenemos que irnos. Después te explico.

¿Había pasado un día?

Andrés ya estaba vestido. Él encontró en un armario la ropa manchada que había estado limpia antes del accidente, antes de la visita a Zoltan, antes del encuentro en el café de Colegiales; intuía vagamente que todo eso era el pasado, reciente tal vez pero irrevocablemente pasado.

A la salida del hospital esperaba una fila de taxis. Andrés se dirigió al primero y dio como destino la estación de Tigre. Víctor reparó en algo que no había notado antes: el amigo tenía un brazo vendado hasta el hombro y la venda estaba manchada con sangre ya seca.

—No podemos volver a la ciudad. —Una vez más, Andrés hablaba atropelladamente, con el mismo ímpetu con que le había prometido a Víctor descubrir Mar del Plata, las salas de nácar del casino, unas chicas

complacientes que ya nunca verían—. El auto quedó destrozado y se lo llevó la grúa de la policía caminera. Puede ser que ya encontraron lo que estaba escondido en los guardabarros, en todo caso no tardarán en encontrarlo. No me preguntés qué es, no lo sé y no quiero saberlo. Lo cargaron en Asunción. Pero el que espera la entrega no va a perdonar, a él no le importa que haya sido un accidente. Yo no tengo salida. Ya sea que la policía averigüe quién conducía el auto al cruzar la frontera, o que el dueño del Mercedes quiera ajustar cuentas, en cualquier caso estoy marcado. Por suerte la plata que íbamos a jugar en el casino la tenía cosida en el forro del pantalón, en la guardia del hospital solo me robaron la que llevaba en el bolsillo.

De tantas matinés en cines de barrio, de esas viejas películas norteamericanas en copias gastadas, mutiladas, de un género que aún no había ganado prestigio como film noir, de su universo nocturno de personajes escurridizos, apariencias engañosas y lealtades falaces, de todo ese oscuro territorio de ficciones que habían alimentado su imaginación más aún que los libros, Víctor descubría, en ese viaje que era una huida, un equivalente lejano de Hollywood, cimarrón y sin subtítulos. Se veía proyectado a una ficción vivida, actor, ya no espectador. Las manchas en la venda del brazo de Andrés eran de sangre, no de maquillaje.

El viaje fue largo. Andrés le explicó que los habían llevado, inconscientes, a un hospital de San Martín. Para evitar la entrada a Buenos Aires iban a tener que cruzar varios caminos suburbanos y tomar desvíos hasta llegar a Tigre. Era al atardecer ¿del día siguiente al que partieron de Colegiales? cuando llegaron a la estación fluvial. La última embarcación colectiva ya había partido y Andrés alquiló una lancha privada. Antes de partir, compró provisiones en el almacén de la estación.

El piloto pareció sorprendido por las indicaciones que recibió y Andrés debió repetir. Solo aceptó llevarlos cuando tuvo en mano una cantidad de billetes sin duda superior a la que estaba acostumbrado a recibir. Se internaron por riachos de orillas despobladas, silenciosas, de casonas cerradas acaso definitivamente. Una media hora más tarde la lancha atracó, a pesar de las dudas del piloto, en un muelle de madera endeble, pilotes atacados por una podredumbre visible. Ya era noche.

No había electricidad en la casa, y Andrés iluminó el camino con una linterna de bolsillo. Víctor entrevió en las paredes restos de una decoración que alguna vez había sido cuidada; en un rincón, el asiento hundido de un sillón se abría para exhibir resortes; en el piso, un almanaque, abierto en la lámina correspondiente a mayo de 1946. Se quedó solo mientras Andrés revisaba las habitaciones vecinas. Se sentía más incómodo que asustado, en medio del olor acre y dulzón de maderas y vegetación corrompidas por la humedad, de su propia transpiración adherida a una camisa que no iba a poder cambiar. Muy pronto Andrés volvió con un paquete de velas y las distribuyó por el piso. Cuando las encendió, las llamas vacilantes, lejos de disipar una atmósfera que podía ser inquietante, dotaron de sombras y luces intermitentes lo que Víctor, ya instalado en su ficción privada, reconoció en silencio como una *old dark house*.

—Era una hostería de calidad, muy concurrida —informó Andrés—. Pero se hizo fama de mal agüero. Parece que hace mucho se suicidó aquí un poeta famoso. Cada vez vinieron menos clientes, finalmente tuvieron que cerrar y no encontraron comprador. Los herederos no tenían con qué mantenerla y la dejaron venirse abajo. alguna vez, cuando tuve problemas, pasé un día o dos aquí... Hoy no es cuestión de ir a lo de Franca, el dueño del Mercedes es amigo de la casa y ella nos delataría.

Víctor sugirió la posibilidad de dormir al aire libre en el embarcadero: a pesar del calor y los mosquitos, la brisa traería un poco de alivio al encierro de la casa. Andrés fue terminante.

—No te arriesgues. Hay luna llena. ¿No sabés que si dormís a cielo abierto una noche de luna llena te volvés loco? Lunático, de ahí viene la palabra.

Víctor no esperaba este apunte filológico de parte de Andrés. Tampoco pensaba en sus padres, expulsados de su ansiedad, de todo sentimiento de culpa. Mientras comían el jamón y el queso que Andrés había comprado en la estación, una sola pregunta lo acosaba; finalmente logró ponerla en palabras: cuánto tiempo se quedarían en ese paradero inhóspito. Pensó pero no pronunció la palabra «aguantadero», otro hallazgo recogido en las noticias policiales del diario de la tarde.

—Mañana a la mañana pasa por aquí la lancha de frutas y verduras, la voy a parar y pedirle que nos lleve a un embarcadero de donde salen transportes hacia Carmelo. Una vez en el Uruguay, si los he visto no me acuerdo.

Víctor desechó todo pudor para preguntar si ese «no me acuerdo» lo incluía.

—¿Cómo se te ocurre, pibe? Tengo tu sangre en las venas... —Hizo una pausa incómoda—. Si querés seguirme, te llevo. Pero tengo miedo por vos. Merecés algo mejor.

La posibilidad de elegir una aventura sin meta ni duración cargó a Víctor con una responsabilidad inédita. Estaba cansado, tenía miedo, y postergó toda decisión para la mañana siguiente.

Antes de dormirse volvió a escuchar palabras del amigo, su imprevisto, improvisado tutor literario: le había presentado a un atleta de circo envejecido, convertido en pastor de almas, acaso en curandero, inverosímil judío húngaro disfrazado de gaucho, porque, decía, en el ambiente que era el de Víctor no iba a conocer gente como él, gente sobre la que algún día tal vez le interesase escribir. Pero la única persona que tampoco hubiese conocido en esa vida que había sido la suya hasta pocas semanas atrás, alguien de quien algún día iba a querer escribir, era Andrés.

Los despertó un haz de luz blanca, súbito, violento, dirigido a las caras. Abrieron los ojos; enceguecidos, no lograron ver a las personas que habían entrado sin hacer ruido, que enfocaban las linternas. Oyeron, en cambio, una orden. Una voz, tal vez varias.

—¡Vamos! ¡De pie!

Los uniformados vieron una estampida de ratas que huían silbando por los tablones de una habitación decrepita, y en el centro un colchón sucio, vencido, y en él a dos personas que dormían vestidas, distantes una de otra.

Andrés fue el primero en incorporarse. Tropezó con las velas apagadas, aún erguidas en medio de la cera derretida, y las pateó, irritado. Víctor tardó en ponerse de pie y fue inmediatamente guiado hacia la galería exterior, en su brazo la mano firme pero amistosa de un individuo vestido de civil. No buscó a Andrés con la mirada. Parecía no entender dónde estaba. Solo reconoció, entre los uniformados, al piloto de la lancha que horas antes los había llevado hasta allí. Esperaba, satisfecho, una recompensa que tal vez no llegaría.

—¡Documentos! —exigió la misma voz, o voces.

Un suboficial se les acercó, un par de esposas en las manos. Llamó inspector al hombre vestido de civil.

—Para el chico no, para el otro —ordenó el inspector, antes de clavar los ojos en Víctor—. Preste atención, joven. Después va a declarar formalmente, pero ahora tengo que hacerle una sola pregunta. Este individuo... ¿abusó? ¿Intentó abusar?

Víctor lo miró apenas despierto. Dudó un instante antes de sacudir la cabeza con un movimiento negativo.

—¿Seguro? —insistió el inspector.

Volvió a negar.

Años más tarde, al recordar ese momento, se le ocurre que si la palabra abuso era pertinente, y a uno de ellos correspondía, era él quien había abusado del amigo mayor. De su paciencia y buen humor para escuchar las divagaciones, ya ingenuas, ya pedantes, de un adolescente con veleidades literarias. De su generosidad sin exigencia de retribución alguna, que le había abierto a aquel adolescente perspectivas insospechadas sobre el mundo donde hasta ese momento había vegetado. Del estímulo para una vocación que sus padres persistían en ignorar. De tantas cosas que necesitó para ir haciéndose adulto.

Lo que sus padres hubiesen llamado malas frecuentaciones habían sido las que iban a formarlo, y si esa educación había tomado formas consideradas aberrantes por la sociedad, solo cabía juzgarla por el resultado.

También entendió que su propia, retaceada honestidad no iría más allá de la negación. Aquella noche, ya despierto en el fresco recobrado de las orillas pero aún desconcertado ante la imagen de sí mismo que le proponía el hombre que habían llamado inspector, sin duda un agente de investigaciones, la cobardía le impidió buscar la mirada a Andrés cuando lo oyó gritar.

—¡Te quiero, pendejo!

El grito se impuso sobre los rumores de la noche, más fuerte que los follajes agitados por el viento, que el golpeteo rítmico del agua contra los pilotes del embarcadero, que el motor de la lancha de la prefectura naval donde Andrés, ya esposado, esperaba entre dos suboficiales uniformados el momento de emprender un camino desconocido.

Víctor no miró hacia atrás.

El inspector no se separaba de él. Lo invitó a subir a la lancha de gendarmería para llevarlo hasta la estación de Tigre, a esperar el primer tren de la madrugada; también, para que no volviese solo, lo acompañaría hasta su casa, hablaría con los padres.

La casa de mis padres, se dijo Víctor, ese departamento del barrio de Colegiales que deberé volver a pensar como mi casa. Se sintió lejos, muy lejos, una distancia que no podía medirse por la hora que lo separaba de la

ciudad donde había vivido hasta poco antes. Dejó flotar la mirada sobre el paisaje nocturno del que se despedía: cielo negro, sin luna, sauces negros que mojaban sus ramas en el agua negra del canal.

—Tuvo suerte, joven —la voz del inspector era cordial, casi fraterna—. Ese individuo tiene prontuario. Había empezado con la federal en el 51, en la represión de la huelga ferroviaria de La Fraternidad. El comisario Lombilla le enseñó a usar la picana y él se ocupó de varios sindicalistas. En septiembre del 55, con el presidente depuesto en la cañonera y los hermanos Cardozo, los ases de la picana, refugiados en la embajada de Paraguay, él consiguió un documento de identidad con un nombre nuevo gracias a sus contactos con los servicios. Pensamos que sigue ligado a ellos, así que tendremos que andar con mucho cuidado. No me extrañaría que salga en libertad pasado mañana... En fin, me gustaría pensar que individuos como él son personajes del pasado.

Víctor lo miró en silencio. Recordó una frase, «un pasado felizmente superado». La había leído, la había oído antes, y ahora se sentía capaz de atravesar con una sonrisa tanto optimismo hipócrita. Por primera vez se sintió más adulto que el adulto que le hablaba.

Sesenta años más tarde, en una de sus últimas noches de vida, el escritor memorioso en que se iba a convertir aquel adolescente oirá una vez más ese grito que los años no han acallado, que lo ha seguido, duro, tenaz, sin escape posible. Busca la mano de la mujer que alivia su vejez, devota del hombre de letras más que su amante, se aferra a ella como temiendo hundirse en una marea nocturna, entiende que la memoria lo ha ido abandonando, que lo abandona, pero que aquel grito permanecerá, ya sin cara y sin nombre, como sobrenadan los desechos de un naufragio.



Edgardo Cozarinsky (Buenos Aires - Argentina, 13/01/1939) escritor, cineasta y dramaturgo. Después de una adolescencia pasada en cines de barrio viendo programas dobles de viejos films de Hollywood y leyendo ficción en español, inglés y francés (autores preferidos: Stevenson, Conrad, el Henry James de los cuentos), estudió literatura en la Universidad de Buenos Aires, escribió para revistas de cinéfilos de la Argentina y España y publicó un ensayo temprano sobre James, derivado de una tesis: El laberinto de la apariencia, libro que más tarde suprimió.

Tenía veinte años cuando conoció a Silvina Ocampo, Adolfo Bioy Casares y, a través de ellos, a Borges, escritores que frecuentó durante sus años de vida en Buenos Aires. En 1973 ganó un premio literario, compartido con José Bianco, con un ensayo sobre el chisme como procedimiento narrativo en Proust y James. En 1974 publicó Borges y el cine, libro ampliado en sucesivas ediciones (en España en 1978 y 2002 - Borges y el cinematógrafo) y numerosas traducciones.

Entre septiembre de 1966 y junio de 1967, volvió a Buenos Aires. Después de una incursión en el periodismo, en las páginas culturales de semanarios como Primera Plana y Panorama, realizó un primer film underground, filmado en fines de semana a lo largo de un año. Sabía que la censura de la época no lo aprobaría y lo llevó a festivales europeos y norteamericanos donde obtuvo repercusión. Ya el título era un desafío: «...» o Puntos suspensivos.

En 1974, en medio de la anarquía política y la incipiente represión, dejó Buenos Aires por París. Allí se dedicó principalmente al cine, en dos aspectos que pueden definirse como, por un lado, films de ficción y por otro «ensayos» donde lo documental se mezcla con una reflexión personal, aun privada, sobre el material. El título más representativo de esta tendencia es *La Guerre d'un seul homme* (1981), confrontación entre los diarios de Ernst Jünger durante la ocupación alemana en Francia y los noticieros franceses de propaganda del mismo período. En una época en que la sección cultural de varios canales de televisión europeos aún estaban dispuestas a respaldar este tipo de experimentos, Cozarinsky desarrolló este abordaje en una serie de obras originales.

Durante el resto de los años 70 y 80 su obra literaria estuvo postergada. Sin embargo, el único libro que publicó en esos años —*Vudú urbano* (1985)— se convirtió en un éxito. Prologado por Susan Sontag y Guillermo Cabrera Infante, mezcla ficción y ensayo de una manera que evoca el cine del autor.

En el mismo año, tras el derrumbe de la dictadura militar, volvió a Buenos Aires para una visita breve. Tres años más tarde, filmó en la Patagonia *Guerreros y cautivas*, un southern por oposición al género *western*, y a partir de ese momento empezó a pasar cada vez más tiempo en su ciudad natal.

Lejos de París, filmó dos de sus films más audaces: *Fantômes de Tanger* y *Le Violon de Rothschild*.

En 1999 Cozarinsky pasó un mes en un hospital de París con una infección en un disco, y durante esa internación le diagnosticaron un cáncer. En sus propias palabras, oyó una campana que le ordenaba no perder más tiempo:

«siempre me pensé escritor, pero no me animaba a publicar o a terminar lo que empezaba». Fue en el hospital donde escribió los dos primeros cuentos de su libro premiado, *La novia de Odessa*. Desde esa fecha, su obra literaria desplazó a la cinematográfica y empezó a publicar «todos los libros que no me había atrevido a poner en la página», sobre todo ficción pero también ensayos y crónicas. Muy pronto se consagró como un escritor importante tanto en español como en los muchos idiomas a los que fue traducido.

A partir de ese momento también empezó a pasar casi todo el tiempo en Buenos Aires con breves estadías en Europa. Su inconformismo lo llevó a explorar otros territorios: en 2005 escribió y dirigió teatro (*Squash*), la miniópera «*Raptos*» con música de Pablo Mainetti y apareció en escena con su médico de cabecera, el doctor Alejo Florin, en una de las experiencias de «teatro documental» de Vivi Tellas: «*Cozarinsky y su médico*». Más recientemente escribió el libreto para una ópera de cámara, basada sobre motivos de su novela *El rufián moldavo: Ultramarina*, también con música de Mainetti.

Nómade por vocación, Cozarinsky ha filmado parte de sus películas en Buenos Aires y París, también lo hizo en Budapest, Tallin, Róterdam, Tánger, Viena, Granada, San Petersburgo, Sevilla y Patagonia. Ha participado de prestigiosos festivales de cine, como Cannes, Rotterdam, San Sebastián, Venecia, Cinéma du Réel y Berlinale. En 2015 la Universidad Nacional de Tres de Febrero lo distinguió con el título de profesor honorario. En 2018 recibe el Premio Hispanoamericano de Cuento Gabriel García Márquez. Ha recibido también el premio a la Trayectoria Literaria del Fondo Nacional de las Artes, y a la Trayectoria Cinematográfica del Festival Internacional de Cine de Mar del Plata.

OceanofPDF.com